

# XII PROMOCIÓN

*Antonio Gala*

**FUNDACIÓN  
ANTONIO GALA  
PARA JÓVENES  
CREADORES**

XII  
PROMOCION

The text 'XII PROMOCION' is rendered in a bold, sans-serif font. Each letter is filled with a different monochromatic image. The 'X' shows hands working on a large architectural drawing. The 'I' shows a close-up of a hand holding a pen over a drawing. The 'P' shows a perspective view of a long, narrow hallway with a patterned carpet. The 'R' shows a close-up of a hand holding a pen over a drawing. The 'O' shows a wall covered in a grid of small photographs or sketches. The 'M' shows a close-up of a hand holding a pen over a drawing. The 'O' shows a close-up of a hand holding a pen over a drawing. The 'C' shows a close-up of a hand holding a pen over a drawing. The 'I' shows a close-up of a hand holding a pen over a drawing. The 'O' shows a close-up of a hand holding a pen over a drawing. The 'N' shows a close-up of a hand holding a pen over a drawing.

Fundación Antonio Gala para Jóvenes Creadores  
XII Promoción 2013-2014

Alberto Guirao, Candela Sierra Sánchez, Ciro Korol, Javier Sande Iglesias, Emilio José Serrano Loba, José María Hevilla Villalobos, Grethel Delgado Álvarez, Rafael Laureano Martínez González, Katarzyna Lebiezinska, Rubén Jordán Flores, Martín Izquierdo Verde, Sebastián Velasco Navarro, Natalia Castro Picón.

ISBN: 978-84-939144-5-5  
Depósito Legal: CO-1062-2014

Diseño y maquetación: residentes XII Promoción.  
Ilustraciones: Candela Sierra, Javier Sande y Sebas Velasco.  
Fotografías: Grethel Delgado Álvarez y Ciro Korol.

Imprime: Gráficas Galán





Nunca pensé que las promociones de esta Fundación para jóvenes creadores podrían contarse por docenas. Pero lo impensable acaba tomando cuerpo. Vosotros pertenecéis a la promoción que cumple la primera docena.

Por cierto, que habéis sido una promoción muy especial en todos los aspectos: no os olvidéis nunca. (Aunque, si trabajáis como es debido y yo os deseo, no os quedará tiempo para olvidar.) Habéis sido especiales y eso es bueno y os distinguirá siempre: diferentes en conjunto de quienes os antecedieron y diferentes entre vosotros mismos. Espero que, cada vez que tenga en el futuro noticias vuestras, sean favorables hasta sorprenderme también: a mí, que soy ya casi inmune a las sorpresas. Deseo que os cumpláis como es debido, os cueste lo que os cueste.

No olvidéis lo que habéis pretendido ser aquí: entre estos muros, este Claustro, estas ventanas a las calles de Córdoba y hacia el dorado Sur de su campiña...

Ojalá se cumplan los esforzados propósitos que hicisteis para realizar lo que soñabais. Si no es así, todos nos sentiremos defraudados: vosotros, los primeros.

Porque ya formamos todos, desde ahora, parte de un mismo árbol; nos regirá a todos una misma savia y nos moverán la misma brisa y las mismas aspiraciones y los más semejantes y generosos sentimientos. Cuando os sintáis solos, recordad vuestra estancia en esta casa, vuestras fecundaciones cruzadas, mi esperanza ciega en vuestra vida, que es de alguna manera la única que me queda... Este será siempre vuestro común hogar. Aunque yo ya no esté. No lo olvidéis. Vosotros sois la única manera que tengo de quedarme. No os olvidéis de mí. La Fundación es vuestra. Yo, también. Recordadlo y acudid a menudo a renovar vuestros recuerdos: la Fundación será para siempre vuestra casa. Sois vosotros su razón de existir. También la mía. Os quiero.

Antonio Gala

## MEMORIA DE ACTIVIDADES 2013-2014

**D**urante el curso 2013-2014 la Fundación Antonio Gala ha desarrollado un programa de actividades y encuentros artísticos que se recoge brevemente en las páginas siguientes. En total, una treintena de creadores y personalidades relacionadas con el mundo de la cultura ha visitado la sede de la Fundación en Córdoba para dialogar con los residentes. De esta manera, los invitados han tenido acceso al trabajo de los jóvenes creadores y han implicado a estos en talleres y encuentros.

Además, los residentes han participado en diversas salidas organizadas en Córdoba y alrededores. En este sentido, el grupo de jóvenes ha tenido la oportunidad de disfrutar de la oferta cultural de la ciudad y, al mismo tiempo, tomar contacto con los artistas locales y acudir a las celebraciones y eventos de interés turístico.

Por último, la XII Promoción de residentes de la Fundación Antonio Gala ha organizado el programa de actos de los *II Encuentros Interartísticos*. Con él se ha ofrecido una muestra de las actuales tendencias en el ámbito de la creación, a la vez que se ha suscitado una reflexión acerca de los vínculos entre las diferentes disciplinas. Además, los *II Encuentros Interartísticos* han servido de escenario para fortalecer los lazos entre los artistas de las distintas promociones, gracias a la participación de un considerable número de exresidentes.



31 de octubre de 2013  
Visita guiada a la Mezquita



7 de noviembre de 2013  
Visita guiada a Medina Azahara



11 de noviembre de 2013  
Filmación del equipo de Clara Montes  
*Cantante*



12 de noviembre de 2013  
Presentación del disco de Clara Montes



29 de noviembre de 2013  
Visita al estudio de Jacinto Lara  
*Artista plástico*

17 de diciembre de 2013  
**Jornada de orientación con José Guirao**  
*Director de la Casa Encendida*



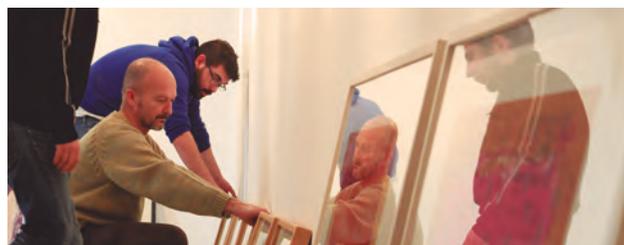
18 de diciembre de 2013  
**Comida de Navidad**



17 y 18 de enero de 2014  
**Encuentro/taller con Lolita Bosch**  
*Escritora*



23 y 24 de enero de 2014  
**Encuentro/montaje de la exposición de Christian Walter y Joaquín Peña-Toro**  
*Artistas plásticos*



28 de enero de 2014  
**Visita guiada por Jesús Alcaide al C.A. Pepe Espaliú**  
*Comisario y crítico de arte*





30 de enero de 2014

Encuentro/presentación del libro de Rodrigo Cortés (director de cine), *A las tres son las dos*. Fabio de la Flor, editor



31 de enero de 2014

Inauguración de la exposición *Consonantes*, del taller de Christian M. Walter



6 de febrero de 2014

Intervención de Antonio Gala en el Palacio de Congresos de Córdoba



11 de febrero de 2014

Encuentro con el colectivo El Arsenal de Chinales

*Colectivo artístico*



21 y 22 de febrero de 2014

Taller-acción colectiva con Basurama

*Colectivo de investigación, producción y gestión cultural*

26 de febrero de 2014

Visita guiada abierta al público de  
*Consonantes*, por C. Walter / Joaquín  
Peña-Toro



5 de marzo de 2014

Visita de María Zaragoza  
*Escritora*



7 de marzo de 2014

Presentación del libro de Salvador Blanco,  
*Hábitat*  
*Escritor*



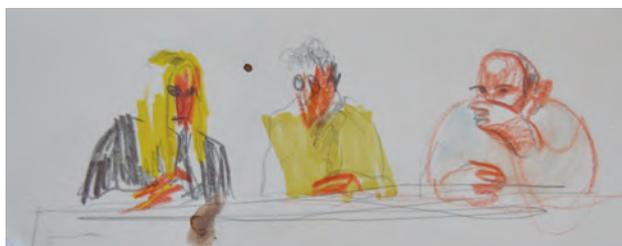
10 de marzo de 2014

Encuentro con Antonio Orejudo  
*Escritor*



11 de marzo de 2014

Presentación del libro de Ezequiel Martínez,  
*Tierra y mar*  
*Periodista*





12 de marzo de 2014  
Inauguración de la exposición de Manuel  
Lama, *Miradas serenísimas*  
*Fotógrafo*



20 de marzo de 2014  
Encuentro con Fernando Varela  
*Editor*



22 de marzo de 2014  
Encuentro con José María Sánchez-Verdú  
*Compositor*



31 de marzo y 1 de abril de 2014  
Encuentro con Antón García Abril  
*Compositor*



24 de abril de 2014  
Concierto de guitarra de Ramón Macías  
*Guitarrista*

26 de abril de 2014

## II Encuentros Interartísticos

Intervención plástica: *Conciencia*

Artistas plásticos: *Carlos Iglesias y Lidia Sancho*



26 de abril de 2014

## II Encuentros Interartísticos

Intervención plástica: *Invocación*

Artista plástico: *Carlos Sagrera*



26 de abril de 2014

## II Encuentros Interartísticos

Lectura de relatos de fantasía y ciencia ficción

Autores: *Juan Gómez Bárcena, María Zaragoza, Marta Pino, Matías Candeira y Tania Padilla*



27 de abril de 2014

## II Encuentros Interartísticos

Lectura dramatizada del cuento infantil: *Locas zarandajas o cómo se reparó al rey del mar*

Autores: *Emilio J. Loba, María Sevilla y Paula Cifuentes.*  
Interpretación: *alumnos de la Escuela de Arte Dramático de Córdoba*



27 de abril de 2014

## II Encuentros Interartísticos

Actividad multidisciplinar: *Quítame la rebelión*

Autores: *Alejandro Narden, Salvador J. Tamayo y F. David Ruiz*  
Compositores: *Oliver Rappoport y Rubén Jordán*  
Intervención plástica: *Rafael Jiménez*





27 de abril de 2014

## **II Encuentros Interartísticos**

*Intervención mural*

*Artistas: Axel Void, José Hevilla, Sebas Velasco y Javier Sande*



14 de mayo de 2014

## **Concierto de la Camerata Capricho Español**

*Compositor: Rubén Jordán Flores*



15 y 16 de mayo de 2014

## **Visita de Torregar**

*Pintor*



16 de mayo de 2014

## **Intervención de Antonio Gala en el Círculo de la Amistad**



29 de mayo de 2014

## **Comida en la Feria de Córdoba**

30 de mayo de 2014  
**Encuentro con José Luis Vicario**  
*Escultor*



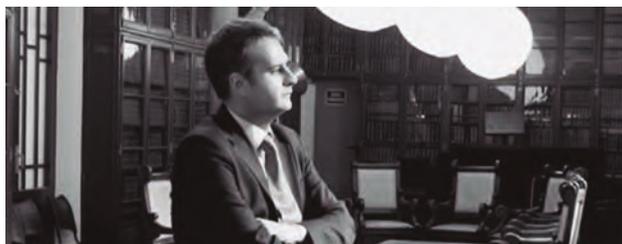
3 de junio de 2014  
**Encuentro con Joan Manuel Gisbert**  
*Escritor*



5 de junio de 2014  
**Conferencia de José Cabello**  
*Coach*



9 de junio de 2014  
**Encuentro con Miguel Ángel Matellanes**  
*Editor*



12 de junio de 2014  
**Concierto de la Joven Orquesta de Guitarras  
de Córdoba**





16 de junio de 2014  
Entrega de los premios Tintas para la vida  
del Hospital Reina Sofía



20 de junio de 2014  
Encuentro con Rafael Ruiz  
*Periodista*



24 de junio de 2014  
Clausura del curso / inauguración de la ex-  
posición de la 12<sup>a</sup> Promoción

## Literatura

Alberto Guirao

Madrid, 1989

Licenciado en Periodismo. Ha estudiado en universidades de Getafe, Sevilla y Roma, y ha trabajado como becario en medios de comunicación. Es autor del poemario *Ascensores* (Premio Marcos R. Pavón del Centro de Poesía José Hierro, 2010). Su obra poética ha sido publicada parcialmente en la antología *Tenían veinte años y estaban locos* (La Bella Varsovia, 2011) y en revistas de creación literaria como *Cuadernos del matemático* o *Punto de Partida* de la Universidad Autónoma de México. Durante los últimos años ha obtenido premios como poeta y narrador. Asimismo, ha participado en festivales poéticos en España, Italia y Croacia.



*La biógrafa Valeria Szigeti articula su investigación acerca del escritor Giuliano Emiliozzi en dos ejes fundamentales: los metabolismos de Danmara, ciudad adoptiva del literato, y la relación a lo largo de los años entre este y una mujer llamada Olinca. El resultado son varias narrativas que beben de la novela de formación y la ficción literaria, agrupadas bajo el lema Danmara 5. Noticias de un diciembre cualquiera es una de ellas. En este sentido, el proyecto Danmara salta de los ejercicios de estilo al tratamiento de la anécdota, del periodismo a la literatura, del imaginario urbano a las subtramas ordenadas en la cronología de un amor imposible. ■*

## Noticias de un diciembre cualquiera

Novela (fragmentos)

Tenían pensado pasar juntos diciembre, metidos en la cama. Sonaba lógico porque ambos disponían de mucho tiempo y de nada que hacer, y desde que concluyeron los estudios y dejaron de frecuentar las aulas, la cotidianidad, con todas sus obligaciones, había desaparecido. Así que decidieron esperar a que llegase un día oportuno para meterse entre las sábanas y no salir.

Fijé mi primera cita con la pareja en el bar de una calle peatonal. Me adelanté diez minutos para revisar las preguntas ideadas la noche anterior. Recuerdo que atardecía y que había un elevado porcentaje de árboles por adoquines y que entre ellos se levantaba un mercado de flores variadas. Jenifer y Juan accedieron hasta mi mesa golpeando a su paso las sillas de la terraza. Eran delgados y practicaban un elevado grado de mutuo mimetismo. No se trataba del simple contagio de dos personas que han pasado juntos los últimos años de su vida; iba más allá de eso. Había algo esotérico en la sincronización de sus acciones, como si sus movimientos o sus miradas respondieran a un patrón pactado, a una entrenada coreografía. Llevaban gafas, unas gafas grandes y metalizadas que reflejaban en sus cristales los neones del cine de la esquina y los breves destellos de las velas blancas en las mesas. Las tenían perfectamente ancladas al rostro, como si siempre hubiesen estado ahí.

Había llegado a Juan, Jenifer y su propósito de pasar un mes en la cama vía Olinca, compañera suya en la facultad de Medicina. Comenzamos a agotar la conversación por estos derroteros y rápidamente me refirieron su último verano tras los exámenes finales: un mes y medio de viajes y estudio lingüístico en Croacia, alojados en las distintas casas de una profesora nativa.

Sus valoraciones del país no coincidían con la imagen que yo me había formado después de mis exhaustivas investigaciones en TripAdvisor, y eso me fastidió. Insistieron en que, si bien era un típico destino estudiantil, no compartían motivos con sus coetáneos: “No creas que nuestra motivación fue construida sobre cimientos mercantilistas, Giuliano. No hay suvenires ni *snorkel* que valgan. Es decir, no nos convencen las bolas de nieve o los seres policromados que habitan el líquido elemento. Lo que allí urgía era el aprendizaje del idioma local y alcanzar el estado de permeabilidad requerido para propiciar el *shock* cultural. Si Croacia es el primer destino después del bar de la esquina o la biblioteca del campus es por algo más trascendental, Giuliano... Pero esto nuestros coetáneos lo tienen reprimido bajo los culos de las jarras de cerveza y los recortes de revistas pornográficas que embozan entre los apuntes. Qué mal ha hecho el *Gaudeamus igitur iuvenes dum sumus*... Se extiende el mito de Croacia como escenario propicio para el desfogue y la calcinación de las noches. Pero esto no es realmente así, tan... reduccionista. Se están obviando los beneficios intelectuales con esa actitud generacional que a nosotros se nos antoja del todo displicente”.

—Nos encanta pasar tiempo juntos —añadió Juan o Jenifer, no podría asegurarlo—. Así que una mañana se nos ocurrió la idea. Quedarnos más tiempo en la cama está bien, pensamos... ¿Por qué no debería estarlo?

Percibí algo inusual en la mirada de Jenifer. Algo que, pensé, yo debía de tener también en la mía cuando me cruzaba por la calle con alguno de aquellos amores frágiles y desesperados que son las chicas de Greenpeace.

—Nosotros entendemos pasar un día en la cama como un acto pseudopolítico. Una suerte de huelga de presiva ante las formas aceptadas, el horario, las pautas de socialización y el estado del bienestar. No necesitamos más que una cama y pegarnos el uno al otro.

—Claro. Y seguro que algo tiene que ver que sea Navidad, ¿no? —instintivamente y con una confianza renovada en mis cuestiones previstas lancé la libreta y el bolígrafo fuera de la bolsa—. Tengo entendido que pasaréis juntos el día de la Lotería. Seguro que no hay manera mejor de recibir un premio que con las manos cogidas y la espalda apoyada contra el cabecero... ¿Me equivoco?

Alimentaron el silencio el tiempo necesario para transformar mi ímpetu en una reflexión queda sobre mis complejos. Durante las entrevistas solía ocurrirme que mis citas se detuviesen para estudiarme con ojos caritativos y más tarde reanudasen la declaración con cualquier otro tema, como si hubiesen decidido que para ayudarme debieran concederme la menor atención posible. Me sucedía a menudo y me hería el orgullo, aquello que por esas fechas de final de año y con ánimo de homenajearme había bautizado bajo el lema de *blanca vanidad*.

—Hemos reconsiderado / No obstante / La gestión del tiempo libre / Obviamente comeremos / Tendremos sexo / Iremos al servicio un máximo de veces durante un máximo de tiempo / Tres al día de no más de tres minutos cada una, para ser exactos —Jenifer y Juan engarzaron velozmente sus palabras en un ejercicio de construcción sintáctica en pareja—. Por lo tanto / Restarán horas para otro tipo de actividades y... / Al

contrario de lo que sucedería con una maratón de cine en la que las distintas narrativas pueden alejar y diluir el sentido de nuestro proyecto / El seguimiento televisivo de las fiestas navideñas y sus consecuencias es efervescencia sin florituras / Me explico / Nos explicamos / La tensión es constante aún después de sobrepasar su término / La celebración es una repetición monótona de emociones de las cuales participar a través de la televisión / Porque el entretenimiento sin pretensiones es imprescindible si nos proponemos hacer de nuestro lecho un hogar feliz durante todo un mes / La Navidad es la excusa... / El instrumento perfecto... / Regalos, promesas, luces... / Esa perenne epilepsia.

—Ya, ya —dije y giré sobre mí mismo, pero ya no para buscar algún camarero, sino para concederme una breve tregua—. Al menos... Habréis comprado un décimo, ¿verdad?

Ellos asintieron y yo no pude disimular un suspiro de alivio.

## II

Recuerdo a menudo y con deslumbrante claridad mis primeras semanas en la redacción de *Danmara 5*. Pero antes fue la consecución del título de filólogo, los días de inconsciencia hilarante, el vagar después sin rumbo ni respiro por las administraciones y negocios de Danmara. La entrega del currículum tenía como respuesta la sonrisa cansada del encargado de turno. Solamente esa solemne dentadura, ni siquiera el *“ya le llamaremos”* con el que tanto había fabulado y que para mí era una condecoración que concedía la edad adulta. El encargado me arrebatava el par de folios cumplimentados con más literatura que otra cosa y los lanzaba a un cajón que en realidad no era un cajón, sino el sonido de una pieza que se deslizaba al otro lado del mostrador.

Este desplazamiento mecánico concluía con un CLOC que no admitía desconfianzas: aquel territorio, por los siglos de los siglos, iba a ser totalmente inexpugnable.

El paso de los días mermó la esperanza depositada en que el esfuerzo universitario pudiese laurearme de alguna forma en la vida real. Hasta entonces me había paseado por Danmara vaticinando la ocupación de un sillón en el ayuntamiento, la dirección de alguna agenda cultural o, en el peor de los casos, la asignación de una beca de prácticas. Me tomé las primeras denegaciones como facilidades del destino, que indudablemente reservaba para mí mejores ofertas laborales. En cuanto a las esperas inherentes a la resolución de los procesos de selección, las acepté de buen grado y me propuse aprovecharlas abordando un proyecto literario que agitaba en mi cabeza y jamás servía sobre el papel. Cuando por fin me sentaba frente al portátil invocaba aquellos recursos tan sabiamente dosificados en la imaginación, pero, o se me quedaban encasquillados o no lograba siquiera desenfundarlos.

Fue un amigo de promoción el que me animó a probar allí donde según él, que era plenamente consciente de la altura que le exigía su tiempo, se requerían los servicios de un buen filólogo: las librerías de viejo y los bares de recitales poéticos. Tampoco hubo suerte. Tras medio año de búsqueda infructuosa volví a recurrir a mi compañero, quien me hizo saber que los tiempos seguían teniendo la misma altura, pero que habían perdido o ganado no sé cuántas tallas, y me sugirió que entregara el currículum en la redacción de alguna publicación local, donde solían conformarse con cualquier licenciado con la arrogancia suficiente para hacerse pasar por periodista.

Haciendo uso de esta última bala fue como me planté en el portal número 5 de la calle Mayor de Danmara. A los minutos de hacer sonar el telefonillo escu-

ché la voz de M empastada por el sueño: “Como no sea importante te van a dar por el culo, Monteiro”.

El periodo de adaptación en *Danmara 5* lo sobreviví gracias a la sinergia entre el café y las *quiche* de verduras precocinadas (el puerro y el calabacín amortiguaban el impacto del café industrial sobre el estómago), pero llegada la séptima semana, me acuerdo fantásticamente bien, el nuevo plan de urbanismo de Danmara exigió un reportaje extremadamente técnico y aquello terminó por abatirme. Maté las horas postergando la sentada ante el ordenador, decantándome por intrépidos itinerarios desde una impresora que no terminaba de describir hasta el aseo, ida y vuelta, vuelta e ida... M debió de advertir los primeros síntomas de mi neurosis porque se acercó, me plantó una mano en el hombro y me gritó al oído, no lo olvidaré: “¿No tienes ni zorra idea de lo que quieren decir esas cifras? ¿Te ves incapaz de referir qué cojones perpetrará el concejallito este? ¿No te enteras de un cagado? Pues justo ahí tienes el reportaje, Monteiro. Tu trabajo será todo el esfuerzo que hiciste para intentar sacar algo en claro de ese barullo asqueroso. Hay que escapar de la puta tiranía de la objetividad, Monteiro”. Y tal vez fuera porque yo no había estudiado periodismo, que no entendía qué quería decir aquello de “Monteiro”. Dudé también de que los consejos de M se correspondieran con la deontología profesional. A mí al principio me sonó a indiferencia barata. Luego me gustó. Al fin y al cabo, M era el responsable último de la publicación y la publicación tenía un *target* definido y los lectores sabían muy bien lo que se hacían y, si no, suyo era el problema.

Y precisamente me encontraba reconstruyendo estas anécdotas frente a un vino, en el interior de aquel bar de la calle peatonal, cuando vi perfilarse a Olinca entre un par de renos iluminados y me convencí de que aquella cita no era un asunto propio, sino cuestión de trabajo; lo cual me tranquilizó, aunque no lo suficiente.

### III

—Entonces... ¿Usted reconoce ser cleptómana?

—No, joven. Yo no soy cleptómana. A mí lo que me ocurre es que me pirra el *Lazarillo de Tormes*.

—¿Cómo?

—Sí, hombre, sí. La novela picaresca; la del autor anónimo. Estoy seguro de que le sonará.

—Soy filólogo, señora.

—Claro, eso es. Pues así de sencillo. Yo la descubrí de chica y desde entonces no he podido parar.

—Ya, ya. Pero, por favor, no cambie de tema. A usted le encanta robar, y obligó a aquellas niñas saharauis...

—No, no se equivoque, guapo. Yo no obligué a nadie. A las niñas les dio por lo mismo que a las anteriores. Basta que a un niño le motives un poco para que rápidamente le pique el gusanillo de irse guardando las cosas de los demás. Para ellos es un juego...

—Claro, es un juego porque aún no les han inculcado el sentimiento de culpa judeocristiano, ¿no está de acuerdo?

—¿Sabía usted que en Tindouf solo hay dos colores? El marrón y el azul claro; la tierra y las nubes. Comprenderá entonces que los niños lleguen a Danmara y se vuelvan locos. Y con razón, los pobrecitos míos, con lo mal que lo pasan...

—Bueno, señora, suponiendo que para las niñas fuese un juego... ¿Cómo explica que solo robaran pintalabios, neceseres para el cuarto de baño y braguitas absorbentes?

—¡Ah, hijo! Esa es otra historia, claro. Y sí, cogían también quitaesmaltes y peinetas para la feria; algo que no termino de comprender. Quiero pensar que eran costumbres tribales. Luego me encontraba todas esas cosas en casa. ¿Yo qué iba a hacer? ¿No usarlas? ¿Devolverlas y pasar una vergüenza de muerte? ¿Perjudicar

a mi marido con un escándalo? ¿Si su novia fuese la alcaldesa usted iría por ahí poniéndoselo en bandeja a la oposición? Ah, no. Eso desde luego que no. ¡Estaríamos apañados!

—Veamos si lo estoy entendiendo bien... ¿Asevera con rotundidad que usted no coaccionó a las niñas para que cometieran los delitos?

—Asevera con rotundidad... ¿Qué clase de expresión es esa? Para ser periodista usted está liando una buena. A ver si habla y escribe más sencillo, que ya he leído algún texto suyo, y las noticias las tiene que entender todo el mundo, joven.

—¿No me ha entendido?

—Claro que le he entendido, como para no entenderle. Tampoco hay mucho en lo que ahondar. Es sencillo, verá. Yo había llevado a las niñas un día al parque de Los Pinos, el de los patos y los pavos reales, en el que antes tenían avestruces hasta que llegaron dando la lata las chicas de Greenpeace con sus amores frágiles y desesperados. Hubo que devolverlos a Australia; a los avestruces, no a los amores de las chicas de Greenpeace, claro... ¿Es usted consciente de la naturaleza psicópata de los avestruces? Son despiadados, crueles, están como cabras. A Manuel *El Vigilante* se le zamparon tres dedos. Yo me pregunto si no estarían mejor aquí encerrados que comiéndose los dedos de los pobres australianos, gente pacífica donde la haya. Además, bien cucos que quedaban los avestruces, si los hubiera visto... Claro, usted es joven, ¿qué va a ver? El caso es que mi marido tenía Los Pinos como un zoológico pero más democrático, más humilde, hasta para el público más pobre, con los animales fuera de las jaulas pegándose carreras o dándose caza entre ellos cuando se les antojase. Era precioso. Luego vinieron las capullas de las ecologistas a tocar las narices, con perdón.

—Va a contarme ahora el asunto de los patos, ¿verdad? Después de mi incesante trabajo de documenta-

ción, me atrevería y me atrevo a afirmar que aquel fue el origen de su enfermedad, señora.

—¿Qué patos, joven?

—¡Los patos, señora! Los patos que las primeras niñas saharauis se metieron en los bolsillos del pantalón. Los patos que sacaron a escondidas. ¡Los patitos del parque!

—Para ser periodista está usted muy mal informado. No eran patos, eran pollos. Pollos silvestres, claro. No esos de colores del mercadillo. Pollos en libertad, como a mi marido le gusta tenerlos. El Señor Alcalde profesa una fuerte pasión por los pollos... le regalo el titular.

—¿Así que pollos...?

—Pollos, pollos.

—¿Pollos silvestres?

—Silvestrísimos.

—De acuerdo, puede continuar.

—A las niñas les pirraban los pollos. No los habían visto en su vida. No se atrevían a pedírmelo, pero se les notaba que querían llevarse unos cuantos. Tan solo hubo que distraer un poco a la gallina.

—¿Quién distrajo a la gallina?

—Las gallinas se distraen solas. Tan solo hace falta ponerles un dedo entre los ojos y alejarlo de a poco, hasta el suelo. Se hiptonizan ellas mismas. Usted no lo sabrá porque no creció en el pueblo, como yo.

—¿Entonces confiesa que fue usted quien hipnotizó a la gallina mientras las niñas saharauis se echaban los pollitos al bolsillo?

—No tiene ni idea, joven. Para meter un pollo en un bolsillo hacen falta al menos dos personas. Una sujetando el animal y otra el bolsillo. Es imposible atinar de otro modo.

—Por lo que deduzco que hubo un tercer implicado... A caso, su marido...

—¿Qué tercer implicado?

—El que le metía el dedo por el ojo a la gallina. Por favor, respóndame tan solo sí o no. Es todo lo que le pido.

—Ojalá todo en la vida fuera tan fácil como decir sí o no. Se dará cuenta con los años. La vida es algo complejo, con sus puntos... agujeros negros... cosas que no se pueden responder, igual que sucede con esa famosa adivinanza... ¿qué fue antes, el huevo o la gallina? Rendirse al misterio es un acto de humildad, joven.

—¿Cuántos pollitos se llevaron?

—Las niñas eran tres, y vestían pantalones con dos bolsillos. A pollo por bolsillo... seis en total. Luego jugaban con ellos en el patio de casa. Me emociona ver jugar a los niños, sobre todo a los más desfavorecidos. Cuando yo era pequeña... qué lástima... Le contaré una historia que debería escuchar, joven, a ver si se empapa de las miserias de otros tiempos y así aprende algo.

## Artes Visuales

Candela Sierra Sánchez

Ronda (Málaga), 1990

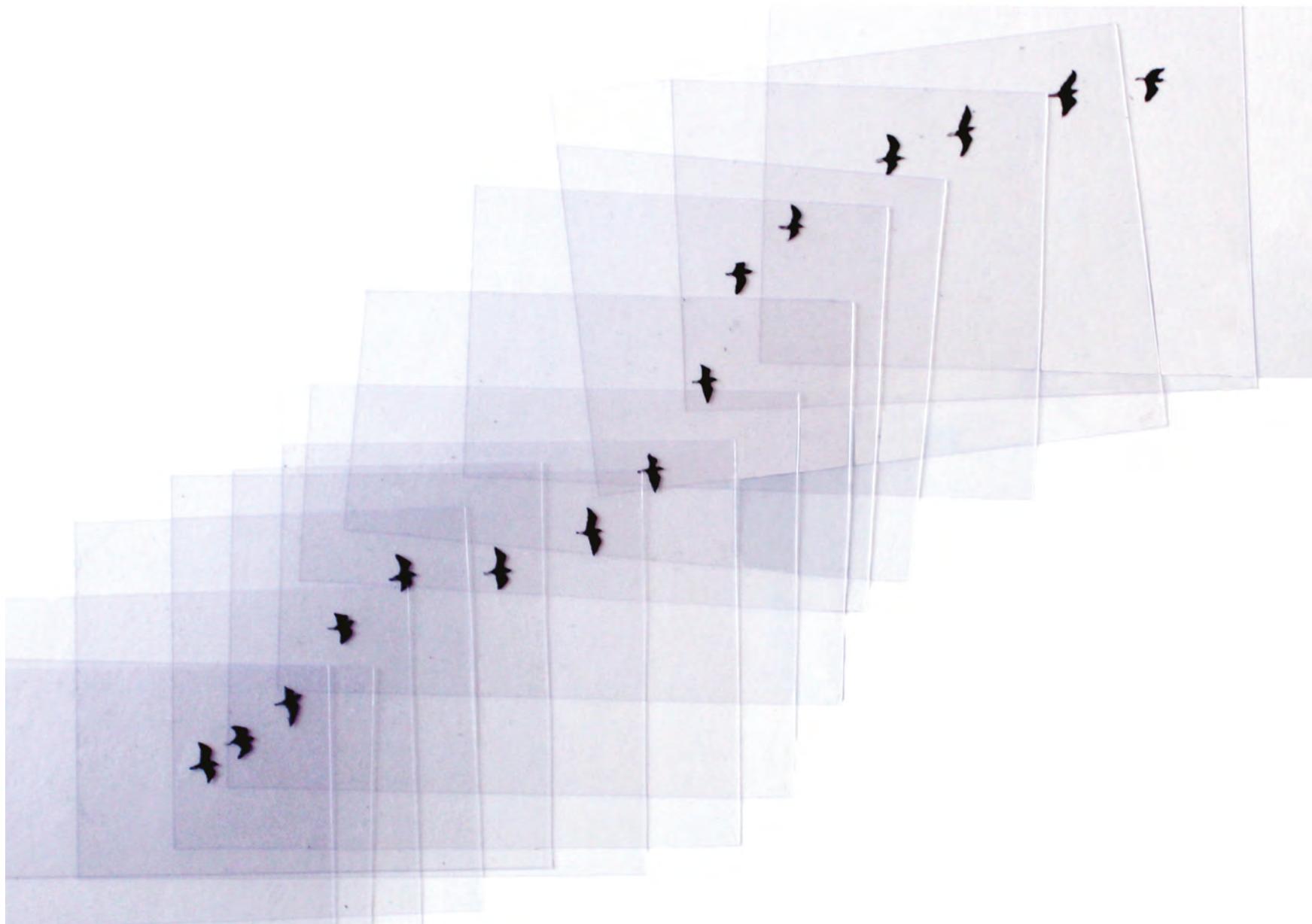
Terminó la licenciatura de Bellas Artes por la Universidad de Granada en 2013. En 2010, con la beca Erasmus, estudió un curso de ilustración en la Academia Real de Bellas Artes de Bruselas, Bélgica. Durante su último año de la carrera, gracias a la Beca Propia de la UGR, realizó un intercambio a Quebec, Canadá, en el programa de Artes Visuales de la Universidad Laval. Aunque heterogénea y tocando muchas ramas del arte, debido a su trayectoria e intereses (participación en proyectos, formación, etc) se decanta por el dibujo en todas sus expresiones.



*Se mueve en torno a la idea de huida, pero es el suyo un huir hacia delante. Este proyecto se aborda a partir de dos conceptos principales: artesanía y minuciosidad. Miles de dibujos en serie, coloreados y trabajados al detalle, cuya técnica caprichosa y cambiante brinda a los personajes una vibración que los vivifica en una forma rabiosamente personal. Son escenas con elementos cotidianos, ínfimos, llenos de sugerencia y misterio. Expuestos con la sinceridad de la que no posee respuestas, pero que las anda buscando. ■*







## Literatura

### Ciro Korol

Rosario (Argentina), 1989

En 2009 y 2010 estudia Psicología en la Universidad Nacional de Rosario, donde ejerce como ayudante de la cátedra de Epistemología en 2010. Ese mismo año, cubre la asunción del presidente José Mugica como corresponsal del portal *La Masa*.

Al volver a Rosario presenta el material al director de Radio Universidad, quien le pregunta por qué estudia psicología si le apasiona la narrativa.

Como para futbolista ya era tarde, compagina desde entonces la literatura con otros oficios, como asistente de escenografía, encuadernador y, por supuesto, camarero.

En 2011 y 2012 participa del taller literario con el escritor Juan Forn. En 2013, colabora con el suplemento cultural del diario *La Capital*.



*Es una novela sobre la suerte. Pero la suerte favorece al osado. De modo que también es una novela sobre las decisiones. Sobre cómo la suerte y las decisiones entrelazan la identidad de quien narra.*

*La trama remonta la historia de una familia. El narrador se posa en los momentos en que, por azar o por decisiones, dos personas se encuentran, sus vidas cambian y dan lugar a otras vidas, incluida la del propio narrador. ■*

## La lotería genética

Novela (fragmentos)

Pero no pasó nada durante una hora. Hasta que volvieron a entrever una sombra en la rendija de la puerta. Algo se movía del otro lado. Y de pronto, la puerta estalló. La luz inundó el barracón. Los soldados quedaron al descubierto como hormigas en un hormiguero desterrado. Vieron enmarcada por la puerta la figura de Kruschensky recortando la tiniebla matutina. Luego, la voz desaforada ordenó que marchasen. Los soldados se miraron. Muchos mordieron sus uñas. No sabían si reaccionar ante las órdenes o bajar la cabeza y marchar. El Teniente reiteró la orden más fuerte. Su voz robusta y agresiva, retumbó en toda la barraca.

El tiempo se detuvo. Un impresionante silencio creció entre los reclutas, hasta que despacio, como los aplausos de un público conmovido, los reclutas, uno a uno, y luego todos juntos comenzaron a avanzar, y salieron.

A medida que traspasaban la puerta, el superior Kruschensky los recibía con un latigazo. Unos pocos intentaron resistirse a salir, pero los oficiales los fueron a buscar de las orejas.

Los soldados fueron sometidos a una marcha infinita, acarreado palas. Samuel había hecho toda la marcha rumiando para sí mismo poemas y David, por su parte, rumiando insultos. León parecía muy tranquilo, incluso en esa situación era estable. Israel estaba agotado, con la palabra calabozo apabullando su sistema nervioso y la larga marcha repercutiendo en sus piernas.

Israel ya estaba por desfallecer cuando Kruschensky, desde su caballo, ordenó que se detuvieran en la parte más elevada de una colina. Desde allí podían contemplar toda la extensión del cuartel, con la estación central a la izquierda, y luego la vía que se iba hacia el exterior, hacia donde todas las miradas se dirigían, por donde deberían estar saliendo esa mañana.

A la derecha se perfilaba un puntito minúsculo que era la barraca, más allá, el humo de unas chimeneas que correspondían al edificio del Soberano.

Kruschensky comenzó otra de sus peroratas, habló de un tren que partiría con un vagón completamente vacío si no se aclaraba lo que había pasado.

Los sesenta destinos de esos hombres dependían de un señor que desde lo alto de su caballo blanco señalaba el cielo y las vastas dependencias del cuartel, remarcando el valor de ser soldados a las órdenes el Soberano y de nuestro Zar Nicolás II.

Las palabras de Kruschensky mezclaban un tono paternal con la amenaza sugerida. Les decía que si no salía a la luz quién había sido el que cometió tan inadmisibles crímenes, pagarían todos por uno, que eso podía estar muy bien en los códigos de honor de un círculo de amigos pero que en el ejército no se podía tolerar que nadie hablase. Les dijo que un buen soldado era ante todo un hombre obediente, y era mucho mejor si no era inteligente. Dijo que anhelaba que esas palabras calaran hondo en sus corazones rusos y supieran actuar como es debido. Kruschensky estaba escoltado por cuatro oficiales. Los reclutas lo observaban en la formación. David permanecía impávido en la primera fila, detrás oía el murmullo de Samuel. Hacía muchísimo frío en la cima de la colina. El viento del norte arremetía sin reparo. Debía ser una de las mañanas más frías del año.

Las palabras de Kruschensky concluyeron. Luego, como nadie dijo nada, ordenó que tomaran las palas y cavaran un pozo cada uno. Desbandaron la formación

y cada uno marcó un rectángulo de dos metros por setenta.

David comenzó a descargar con cada palada la bronca contenida. No sólo era casi imposible que viese a Sima, sino que podía ser peor. Paleaban también los otros. El suelo estaba congelado. Crecían muy lento los cúmulos de tierra. Y antes hubo que quitar la nieve acumulada. Luego, se descubría una tierra metálica contra la que la pala chocaba y rebotaba antes de poder introducirse. Al menos no estaba nublado, el sol avanzaba y eso reconfortaba un poco a David. A su lado Israel jadeaba. Cuando había atinado a dejar el trabajo, no tardó en acercarse uno de los guardias de Kruschensky para descargar un latigazo sobre su espalda. Por eso Israel seguía cavando, aunque cedieran sus fuerzas. Ya había pasado el mediodía, y no habían comido nada. Los sesenta pozos negros se veían distribuidos irregularmente recortados por la nieve. Contrastaban con la nieve desde la cual asomaban las figuras desgarradas y sucias de los soldados. Desde el fondo de sus pozos, vomitaban puñados de tierra.

El Teniente Kruschensky, mientras tanto, se había marchado, probablemente a comer, pensó David. Sobre el horizonte, allá a lo lejos, incrustado en la estación principal del cuartel, aún se podía avistar al tren. David sospechaba que los reclutas de otras divisiones se preguntarían qué era lo que retrasaba tanto la partida.

Cuando volvió, los acusó de holgazanes. Ya deberían haber terminado, dijo Kruschensky. Y para intimidar al resto descargó su látigo sobre el primero que tenía a mano, Samuel, quien en ese momento estaba recitando a Pushkin. Por primera vez Kruschensky se percató del murmullo de Samuel Biakl. Le exigió que dijese aquello más alto. Samuel, aun dolorido por el golpe, recitó los versos del poeta. El Teniente adoptó una pose de altivez intelectual, hasta que lo interrumpió y continuó con aquel poema.

Estaban en lo alto de una colina con Kruschensky chillando versos de Pushkin y un público de topes sorprendidos de oír un discurso tan diferente a los otros. Los reclutas estaban muy por debajo de su figura ecuestre, que se movía cautelosa entre los pozos, evitando que su caballo se patinase y cayera sobre los reclutas, lastimándose. Después del extraordinario discurso, retomaron la pala.

El sol ya comenzaba a resbalar hacia el horizonte cuando David emergió exhausto. La diferencia de temperatura hacía que no le dieran ganas de salir a la superficie. La estrecha cueva que había hecho era muchísimo más cálida que el panorama ventoso que lo esperaba. Igual salió, por temor a ser castigado. Entonces se quedó sorprendido con lo que veía.

Estaba solo en la cima de una colina, no había nadie. Sólo montículos de tierra húmeda. David se limpió el sudor de la frente con su brazo, se frotó las manos. El viento azotaba con más fuerza que Kruschensky. El sol se fugaba del cuartel, puliéndolo con sus rayos. Tres jinetes galopaban hacia la colina. El tren permanecía en la estación. «El tren», se dijo David. El tren era la esperanza, y ahora brillaba como un reptil tornasolado en el atardecer. David se quedó mirando el sol, no era suficiente para calentar el cuerpo pero encendía un fuego interior, en el centro de su pecho. De fondo, oía el restañar de las palas contra la tierra.

Apareció Kruschensky de improviso. De dónde había salido, David no lo sabía. Escuchó que lo felicitaba por ser el primero en culminar la tarea. Obtuvo el beneficio de beber agua. Tomó la cantimplora que le ofrecía uno de los guardias. Cuando la devolvió, notó que Kruschensky agudizaba la mirada. Kruschensky escudriñaba los tres jinetes que avanzaban hacia ellos. Emergió otro de los reclutas pero no tuvo el beneficio del agua.

Ya eran cinco para cuando arribaron los tres hombres. Se trataba de tres oficiales que venían del edificio de los tejados rojos.

Se acercaron a Kruschensky. Debía tratarse de algo confidencial porque se fueron donde ningún recluta pudiera oírlos. Fueron saliendo mientras iban acabando con sus pozos. Otros seguían paleando. David se acercó al pozo de Israel y vio como su amigo descansaba con la cabeza apoyada en las piernas. David no quiso molestarlo. En eso salió León, harapiento y curioso por lo que dirían Kruschensky y los oficiales.

Más tarde el Teniente dio media vuelta y se fue galopando a campo traviesa, en dirección al poniente. Los tres oficiales se ubicaron frente a los 60 pozos distribuidos en todas las direcciones, como fragmentos de un material carcomido por un extraño insecto. Uno de los oficiales hizo sonar un clarín de llamada. Los cuerpos de los soldados salieron de sus pozos como lagartijas fulminadas. Cada cual, parado al lado de su tumba, oyó a los oficiales ordenar que regresaran a la barraca en busca del equipaje y marchasen de inmediato hacia la estación central. El tren ya no podía esperarlos más.

Luego, uno de los caballos relinchó y los tres jinetes salieron al galope. Los reclutas se miraron con los ojos desorbitados y comenzaron a andar. Hubiesen corrido a través de la nieve pero estaban hechos polvo y apenas podían arrastrarse muy lento.

David notó que Israel no se había enterado de la buena noticia y se acercó con Samuel hacia su pozo. León ya estaba asomado. Los tres sonreían compadecidos al ver a Israel descansando tan tranquilo.

—Israel, Israel—gritó León—. Nos marchamos a casa, Israel.

Israel no se movió. Entonces le tiraron una bola de nieve que golpeó en su espalda y cayó al suelo. Los tres se miraron. Samuel bajó de un salto y cayó al lado del cuerpo mullido de su amigo. Se agachó y lo zarrandeó del hombro. Israel estaba congelado. Tenía los labios morados y la mirada escandalosamente muerta. Samuel lo sacudió con furia pero la cabeza de Israel cayó pesada al suelo.

## II

Cuando nuestras abuelas emigraron no pudieron traerse muchas cosas. Sólo las que cabían en un baúl, a lo sumo dos. Tampoco es que tuvieran tantas cosas, campesinos o comerciantes, casi ninguno era muy rico y aunque lo fuera, el espacio de un barco siempre es reducido.

De todos modos, lo que más se extraña es lo imposible de trasladar. En su lugar trajeron otras cosas: ¿qué llevaron en sus baúles?

Lo primero eran los baúles. En su época el envoltorio de las cosas también era valioso, como las cosas que protegía.

Allí están los baúles en casa para demostrarlo, como en tantas casas argentinas donde el viejo baúl es un fósil útil, que se vuelve sillón, o lugar donde guardar las toallas, sábanas, y ropas que no son de la estación.

Cuando en casa el baúl está hueco, se vuelve instrumento musical para niños que esperan. Los baúles suenan grave en la tapa y a chasquido en los laterales.

Ahora pienso que los inmigrantes los habrán hecho sonar de lo lindo mientras esperaban y esperaban. Imagino el largo retumbar de todos esos baúles sonando dispersos. Pero es probable que no retumbaran ni sonaran, porque los bultos se chuparían el ruido.

¿Qué bultos?

El samovar/ algunos libros/ los instrumentos musicales/ la Tora/ los atuendos típicos/ la Biblia/ la tetera/ unos presentes para quien los recibiría/ herramientas/ vestidos / sombreros/ objetos para la higiene/ el Corán/ un tablero de ajedrez/ un arma/ un paquete con almendras del árbol familiar /algunas cartas y el viejo reloj.

El viejo reloj que todavía gira un siglo después. Cuando deshago la ruta que los baúles de los abuelos surcaron. Me permitiré comparar los vetustos baúles con la valija de rueditas.

Lo que traje en la valija: el mate/ unas bombachas de gaucho/ amuletos/ fotografías de familia/ una gorra/ unos libros sobre Rosario/ una carta de mi padre/ un atrapa-sueños que hizo mi hermana/ semillas de espinillo y las voces de la abuelas grabadas en la computadora.

Al comparar los equipajes me pregunto qué es lo que guardan en común baúles y valijas.

Salvando las circunstancias, los que nos vamos, si es posible, llevamos objetos para recordar quiénes fuimos, de dónde venimos. Llevamos y traemos objetos que amparan nuestra identidad.

### III

Era una mañana calurosa en Rosario, estaba pesadísimo y eran recién las ocho. Uno de esos días en que todos quieren ser pescadores y estar lejos de los adosquines. Edmundo lo pensó y lo repensó, mientras iba a la facultad por las calles espesas del centro. ¿De verdad quería estudiar aquello y estar encerrado en un gran edificio? ¿De verdad prefería eso antes que otra cosa? Si hubiera estado despierta la Rubia Mirella, bien se habría tirado toda la mañana entre sus brazos, le hubiera preparado el desayuno con café con leche y medialunas, hasta jugo de naranjas le hubiera hecho, como le gustaba a su hermana Leticia.

Leticia, a la que todos sus amigos miraban con ganas de entrarle. Leticia Reyna, que movía las manos nubes y, mientras su hermano avanzaba por las calles del centro, comenzaba su extenso ritual de la mañana.

El ritual de Leticia: lo primero de todo era ducharse con agua tibia, hacerlo con todo el tiempo del mundo. Total nadie me corre, pensaba ella, se pasaba el jabón una y otra vez. Se enjuagaba bien el pelo (Leticia tenía el pelo tan largo que nadie sabía cuán largo porque siem-

pre llevaba rodete, pero sospechaban que era mucho más largo de lo que imaginaban). Después de la ducha: secarse bien, empezando por la cara, luego las extremidades. Masajearse suave las piernas desde los pies hasta las ingles, luego los brazos, estirando cada dedo. Después el vientre, la panza y los pechos levantándolos un poco, y apretando suave mientras vuelven a su lugar. La espalda, siempre un desafío. Luego, rodear el cuello con la toalla. Frotar un poquito detrás de cada oreja y por último el pelo. Y en realidad, ahí empezaba el asunto.

Una vez seca venían las cremas y los preparados naturales para el cutis. Luego se vestía muy despacio y emprendía el rodete. Se pintaba los labios, se colocaba las perlas en las orejas. Y, al final, el broche de oro, unas gotitas de *Lilas de Fulton*. Y entonces, ya estaba lista para ir a la panadería.

Así era Leticia. Y aquella mañana, mientras realizaba su operación, Edmundo hacía el examen de Ingreso de la Universidad Nacional del Litoral.

Llegó un rato antes y en la puerta sus compañeros le avisaron que el profesor se demoraría.

—¿Y si lo esperamos en el bar? —Soltó Edmundo.

Dos que estaban sacándole punta a los lápices y repasando por enésima vez los apuntes lo miraron como si estuviera chiflado. Pero su amigo, agarró el maletín y enfiló hacia el bar.

—Más vale, y de paso vamos festejando—dijo.

—¿Qué van a festejar, si todavía no aprobaron?—inquirió uno de los del rincón.

Edmundo se dio media vuelta, sin dejar de andar y casi cantó:

—La vida, Miguel Ángel, la vida vamos a festejar.

Se fueron para el bar a desayunar un café con medialunas que se extendió naturalmente hasta unas copas de ginebra *Llave*. Así, mientras los otros dos seguían repasando los aspectos teóricos del arco de

medio punto y las palabras textuales del profesor Ibáñez, Edmundo y su compinche repasaban los aspectos prácticos de la vida en un bar.

—La vida es un bar —decía Edmundo—. O mejor dicho, la vida para mí es un bar. Entiendo que para otros sea un circo... donde hay que hacer malabares y prestidigitar, que sea un circo está bien.

—O un *ring* de *box*, donde hay que golpear antes de que te noqueen—dijo el compinche ensayando un gancho.

—Pero para mí, viejo, la vida es un bar, un viejo bar, un despacho de bebidas como este, donde se almacenan esas botellas viejas, fijate, con etiquetas sucias y románticas. Un bar —exclamó— donde se oye el gorgoteo melancólico y las alegrías robustas de los hombres simples. Sí, la vida, nuestra vida es un bar. Y Dios sí que nos escucha detrás del mostrador —se prendió un cigarro y siguió filosofando—. Qué bien irse viviendo así, consumirse como un cigarro.

—Prendido fuego —dijo el otro.

Lo escuchaba con admiración, pero observando desde hacía un rato aquella mesa. La de la ventana, donde había dos viejos. Uno de ellos leía el diario en voz alta. El otro era ciego y estaba muy erguido en su silla, con una presencia casi divina, recibiendo toda la luz de la mañana en sus ojos escamosos.

—Y la amistad —agregó— un bar donde sabemos quiénes son los que están en sus mesas. Y nos alegramos de verlos.

—Bueno, en la mayoría de los casos. —bromeó Edmundo y siguió— la vida es un bar y respeto a los que no la viven así pero jamás entenderé a los que viven como si la vida fuera un examen de ingreso, o una oficinista de la reconcha de su hermana.

Acá el otro se sonrió, y medio que miró el reloj porque ya estarían llegando tarde.

—Los que ven pasar los barcos, los que ven pasar

todos los barcos —recalcó Edmundo— y los dejan irse. Yo si pudiera tomaría todos. Y hasta me amotinaría también, como los del *Potemkin*. Aunque eso eran rojos, pero eran valientes, y eso, amigo, es lo que cuenta.

Cuando volvieron a la facultad ya no había nadie en la puerta y adentro tampoco. Hasta que doblando el pasillo vieron a dos No-docentes charlando. Edmundo les preguntó dónde quedaba el aula del profesor Ibáñez para el examen de ingreso. Sí, cómo no, al fondo de este pasillo vas a encontrar una escalera, subís, y tenés enfrente el Aula 12, bueno, esa no, pero la siguiente es la del profesor Ibáñez.

—Muchas gracias —dijo Edmundo. Y el otro No-docente acotó, pero empezaron hace rato, che.

La mirada enfrascada del profesor Ibáñez se clavó en ellos. Edmundo se sentó y le sostuvo la mirada. Miró esas arrugas metálicas, los labios filosos, el pulóver en un día de calor. Se preguntó cómo un niño se transforma en algo así. Qué ciegas líneas lo llevaron a esa densa y engreída mediocridad.

## Artes Plásticas

### Javier Sande Iglesias

Noia (A Coruña), 1989

Licenciado en Bellas Artes por la Universidad de Salamanca. En cuarto curso obtiene una beca Erasmus en la *Académie Royale des Beaux Arts de la Ville de Liège* (Bélgica). En 2012 realiza el Máster en Profesorado de Educación Secundaria Obligatoria y Bachillerato en la Universidad de Santiago de Compostela.

Ha participado en varias exposiciones colectivas, entre las que cabe destacar: *La Miniature*, dentro del marco de la *8ª Biennale Internationale de Gravure Contemporaine* (Liège, 2011), *Identidades* (Centro sociocultural Plaza Trujillo, Salamanca, 2012) y *BarbantiaRte*, en el Museo de Gravado á Estampa Dixital de Artes (Ribeira, 2013). Así como exposiciones individuales en Noia, Boiro y Portosín (A Coruña).



*Una pintura de la memoria. Una pintura cuya clave está en las manos: las del pintor y sus retratados. Ellos realizan sus tareas manuales. Allí reside su identidad. El pintor, gestual, tenaz, matérico, revaloriza esta experiencia vital de los campesinos de Galicia. Pero no es un paseante. Es un vecino que dejó el rastrillo y tomó el pincel. Con el pincel en sus manos, nos abre la verja de su aldea: Santa María de Roo. ■*



*Benigna*  
Óleo sobre lienzo  
100x81 cm



*María I*  
Óleo sobre lienzo  
100x81 cm



*Lagar*  
Óleo sobre lienzo  
116x89 cm



*María II*  
Óleo sobre lienzo  
116x89 cm



*Remigio*  
Óleo sobre lienzo  
114x146 cm



*Pepa*  
Óleo sobre lienzo  
114x146 cm

## Literatura

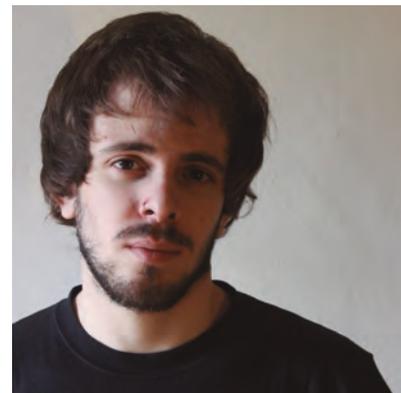
Emilio José Serrano Loba

Murcia, 1991

Estudiante de Biología en la Universidad de Murcia, entremezcla su pasión por estudiar y proteger la vida con la necesidad de escribir, viéndose sus textos fuertemente influenciados por este amor hacia el mundo natural.

Aunque comenzó como escritor de novela fantástica, la corriente creativa de la que bebe y que canaliza ha ido diversificándose para ser así capaz de dar cabida a todas aquellas situaciones y modos de afrontar la vida que, considera, contribuyen a hacer de este mundo el lugar tan denostado y moribundo en que se está convirtiendo.

Su primera novela publicada se titula *Pendiente de imaginar* (Editorial Tres Fronteras).



*Llegué con la mano desentrenada y convencido de ser capaz de iniciar y terminar tres novelas, encerrado como amanuense en una fría caja. Es decir, otro Bartleby del siglo XXI. En mi ataúd no habría luz, ni alegría, y mucho menos color. Cuál no fue mi sorpresa al encontrarme con un girasol de tallo fuerte. Un girasol cuya existencia negó mi propia defunción. Y como alguien renacido de las sombras en que fluctuaba, hallé siete semillas, extraídas del suelo de este convento, que me acompañarán al mundo real para germinar con una nueva voz, más madura y reconciliada con la vida. Me llevo ese sello, sobre el que reposa el girasol, y abordo un camino hijo de este lugar. ■*

## Lamentos de bufón

Novela (capítulo)

**A**bríéndose camino entre el sonido de sierras, martillos y el de las llamas en rebeldía, la voz de Toran rebotaba sordamente en el interior de la mente del Primer Ministro, el cual no podía dedicar en esos momentos su atención a otra cosa que no fueran las temibles Sombras que se refugiaban en el interior del taller.

Era consciente de que su deber era esencialmente para con los seres vivos. Lo que no justificaba que negara el auxilio a todo lo que necesitara ayuda contra la realidad. Su principal cliente en esa ocasión era el fuego.

La fundición era un lugar grande, carente de columnas, de techos altos y repleto de descomunales máquinas metálicas que le habrían parecido demonios dormidos en el caso de no haberse topado con los verdaderos señores del infierno al frente del lugar.

—¡Yo... os conmino... a que os... desvanezcáis!  
—gritaba, sirviéndose de todo el aire que pudieran atrapar sus pulmones y con toda la rabia y autoridad que se creía capaz de reunir.

Desplazándose por los lugares donde más falta hacía la luz, en un taller en el que los escasos cristales habían tomado tiempo atrás una pátina entre negro ceniza y amarillo grasa, las Sombras proseguían con la labor de mantener encerrado y domeñado al fuego. Saltando de llamarada en llamarada, siendo absorbidas por su furioso brillo anaranjado, abrazándose a los materiales que estaban siendo fundidos... Empleaban la cinética de sus cuerpos para crear y mantener potentes orbitales de energía con los que definir la prisión física

del elemento. El lugar entero irradiaba electrones bien cargados de la fuerza creadora de las Sombras. Solo así era posible subyugar a un titán.

Era bien cierto que nunca dejaría de aceptar como verídica toda rareza del inframundo que las Sombras tutelaban para mantenimiento de su madre, pero también lo era que la situación que ante sí tenía no se le habría ocurrido por sí mismo en toda la vida.

El fuego, que a su visión de héroe refulgía con un tono de angustia y de sufrimiento, clamaba por su libertad con agudas y fugaces formas que no creía que nadie más fuera capaz de interpretar, mientras las Sombras danzaban en su particular ballet. Un baile en el que cada uno de los artefactos de la fundición ocupaba un papel central. Los siete hornos, con sus altas y cilíndricas estructuras centrales anexadas a chimeneas de ladrillo, perdidas entre el humo residente de las alturas del lugar, se encontraban revestidos, cada uno, por la piel de siete grandes demonios. Muertos, si debía juzgarlo por la ausencia de una estructura sólida y las largas y goteantes venas azules que surtían el suelo con su verdoso contenido desde diversos puntos. Sus ocreas pieles, lampiñas, lustrosas y cubiertas de ampollas, acogían en el olvido de su interior el viejo metal donde se recluían fuegos prisioneros ardiendo sin cesar.

La retina del Primer Ministro deseaba abandonar su cuerpo y lanzarse a uno de los hornos, esperando así ser consumida y escapar del estimulante horror convertido en danza. Contrariamente, la forzaba a buscar con la mirada algún demonio al que poder dirigirse de modo más directo. Por el momento, el único criterio que seguía era que se estuviese quieto.

Demonios alargados, que flotaban ingravidos, describían trayectorias sin sentido por el aire, dirigiéndose desde un horno a un material en proceso de fundición, del fuego a los obreros, entrando en ellos, brillando en su interior como un pequeño sol y silueteando la osa-

menta de los desdichados, fragmentándose en nuevos demonios, extrayéndose extremidades chamuscadas y arrojándolas a las brasas, felices en una orgía de fuego, sufrimiento, calor, sometimiento y destrucción de elementos naturales para crear objetos con los que dar una condenada y asquerosa consistencia a ese mundo diseñado tal que unos grandes supermercados para la realidad. Y ellos... ellos, oscuras y dementes execraciones de su madre, disfrutaban como jamás lo habían hecho en toda una existencia de la que carecían. Se consumían, sí, pero se consumían orgásmicamente, sometiendo al creador, empleándolo para someter y someter aún más; a los pobres obreros que se dejaban la salud con las gaseosas emanaciones del metal al fundirse, a otros como aquellos, que usarían el fruto maldito de su trabajo para invertirlo en todos esos enseres materiales —enrejados, planchas metálicas, cadenas...— nacidos del dolor y hechos para extender la resistencia de las celdas en las que se consumían las vidas de los mismos que pagaban con ellas por sus barrotes.

Entre tanto, Toran, ajeno al pesadillesco espectáculo, conversaba con dos hombres. Uno de ellos iba vestido de forma impoluta, con la ropa ligeramente arrugada pero lo suficientemente presentable como para el trabajo de oficinista que desempeñaba. El otro, vestido con un mono azul y un grueso mandil tan tiznado como el sudoroso rostro, era el que en esos momentos llevaba la voz cantante en nombre de la fundición. Habían acudido al lugar esperando encontrar quien fabricara un digno sombrero de aluminio para su ayudante. Con todo, como el deber siempre iba por delante, incluso de la necesidad, el Castrense Primer Ministro se había visto llamado a la acción al toparse con la tremenda barahúnda que la realidad tenía allí montada.

Podía escuchar cómo el fundidor, irritado, insistía, con mayor impaciencia cada vez, en que abandonarían

el lugar. Concienzudo en su papel, Toran interponía su cuerpo entre él y el tipo, que intentaba llegar a su persona, incitado sin duda por alguna Sombra.

Él, obcecado, pudo finalmente localizar una Sombra que se moviera con menos brío. En uno de los grandes calderos metálicos desde los que se vertía metal fundido de la tonalidad del magma, un demonio cubierto de pelambre rojiza y contornos difusos, carcomidos, cabalgaba el espeso líquido cuando éste cruzaba el espacio para caer al vacío molde, expectante del abrazo de su calidez.

—¿Cómo puede ser algo tan presuntuoso como para tener la pretensión de poseer al mismo fuego? —dijo con desprecio al acercarse al lugar en el que la Sombra bañaba de naranja sus quemadas garras, pétreas articulaciones de hueso que en un tiempo pasado poseyeron carne.

El ser, que no cesó de introducir las manos en el líquido metal para extraer de él ardientes y diminutas llamas que arrojaba de vuelta al interior de uno de los hornos más cercanos, le dio respuesta dejando ver una larga lengua bífida:

*—Te conocemos y te esperábamos. A ti y a tus escrúpulos. Los otros hablan, te conocen, se sabe lo que buscas. Y no lo encontrarás, aunque hayamos de matarte para evitarlo. —Y entonó una melodía cuyo tono tenía como único destinatario el precario estado mental del demonio—: Oh, llamita, que bailas y lames lo material, siempre desposees al ser mortal, que trabaja y sufre buscando regresar a lo que nunca fue ni será. Oh, llamita, que te dicen esclava, pero tanto tiempo hace que nos sirves que nosotros te llamamos hermana.*

Era una canción corta, enajenada, sin rima alguna, pero tan cargada de viciado sentimiento que le recordó al cariño pervertido que algunos secuestradores sienten por las personas a las que retienen.

La amenaza de la Sombra al Primer Ministro le re-

cordó los asesinatos de la gasolinera, y le hizo desear poder defenderse físicamente y agredir a su vez a esos particulares enemigos. Pero no conocía forma posible de tocarlos. Igualmente, era consciente de que debía permanecer alerta, y comedirse, si no deseaba verse atacado por sorpresa por todos aquellos demonios. Sería como meterse chorreando sangre en una piscina repleta de tiburones.

Se acercó a aquella criatura todo lo que el ardiente calor del metal fundido se lo permitió.

—¿Bajo qué pretensión de derecho urgís a los hombres a robar este metal de las entrañas de la Tierra y a esclavizar a uno de los cinco elementos?

Ciertamente, se dijo, aunque desde el principio le había presupuesto a la realidad una maldad intrínseca, no había sido inteligente otorgarle características tan definidas a su enemiga. No porque creyera que cupiera la posibilidad de que ésta no fuera malvada, sino porque la suposición había creado en su mente una imagen de la realidad errónea. Una imagen que necesitaba que fuera lo más acertada posible para, así, saber cómo combatirla.

—*¿La Tierra? ¡La Tierra!* —Prorrumpió en carcajadas—. *Esa es una gorda dormida, llamita. Le cogemos lo que nos place y apenas rebulle de inquietud. Hay una regla, llamita, la única: Si no se mueve, al puchero.*

—¿Si no se mueve al puchero? —repitió, confuso—. No poseéis razón alguna, ya la formuléis como regla o le deis el tratamiento de mandamiento. Lo dormido no por ello está menos vivo, lo inactivo no es insensible. Una roca a ningún bellaco solicita ser su propiedad. Existen. Y vosotras, hijas de una ramera de miles de pechos, que mamasteis leche negra y podrida, les negáis la existencia.

La Sombra se mantenía en un equilibrio inestable sobre el constante río candente.

—*Que se defienda, trajecín.*

—¿Así es? ¿Así es todo? ¿Si no te defiendes, si no te mueves, mueres? —Se iba enfureciendo. En su oración expresaba la Sombra una verdad inevitable. Y aborrecible. Esa realidad era responsable de que cada segundo de vida fuera un puñal que te iba arrebatando esencia vital—. La existencia... el... el... el ser, el lugar que se ocupa en el —agitó las manos en el aire, sin encontrar las palabras que deseaba utilizar—, ¡en eso donde está lo que es!, no pertenece a nadie. ¿Qué os da derecho?!

—*Nosotros, llamita, nosotros nos lo damos* —había agachado la incompleta cabeza y le hablaba al chorro fundido que le pasaba entre las piernas—. *O ellos o nosotros, y no vamos a ser nosotros. Claro, claro.*

Y ese era el único argumento que obtuvo de un demonio que pasó más tiempo conversando con el fuego cautivo que con él. Paulatinamente consciente de las voces entre Toran y dos de los empleados del taller, el Primer Ministro meditó que debería de conversar con muchas Sombras antes de dar con uno de los dos paradigmas que buscaba —libertad en primer lugar, y la muerte de la realidad en segundo—. Ya que todas estaban dementes y no era aconsejable confiar en lo que dijeran.

Simultáneamente, Gabriel, quien había retomado las riendas del cuerpo conforme el Primer Ministro las soltaba —había decidido que allí, frente a unos demonios con los que no podía hablar y a quienes no podía obligar físicamente, no tenía más que hacer—, fue hasta donde estaba Toran. Llegó en el momento justo en que su robusto ayudante habría tenido que utilizar la fuerza física para impedir que llegaran hasta él. Si podía, era algo que prefería evitar. No quería ver al bueno de Toran ante ese dilema.

—¡Tú, loco de mierda, ya os estáis largando de aquí! —le gritó el operario nada más ver que contaba con su atención, señalándole con un sucio y torcido dedo.

Tranquilamente, sin desear entrar en el bucle de excitación desde el que el hombre le hablaba, le contestó:

—Estaremos encantados de irnos en cuanto se nos provea de aquello que vinimos a buscar.

Torán giró la cabeza y le observó, expectante.

—¿Ya nos vamos? ¿Ha terminado con esos demonios?

Gabriel demoró la respuesta unos instantes, pensando rápidamente qué decir. No deseaba perjudicar la confianza que Toran parecía tener en él. Y algo le decía que contarle que tardaría más de lo previsto en poder expulsar demonios con eficacia, que necesitaba conocerlos mejor, dañaría esa fe. En su lugar, sintiéndose incómodo al ocultar parte de la verdad, le contestó:

—Sí... podría decirse que eso he hecho —Con voz grave, añadió—: Ninguna de las criaturas infernales que alberga este lugar tienen ya nada más que aportar a nuestra causa.

Por suerte, a su compañero pareció satisfacerle la respuesta.

No sucedió así con el corpulento hombre. Afortunadamente, el oficinista, más calmado y diplomático, intervino. Diminutos y veloces demonios negros y blancos empleaban su cuerpo como pista de carreras, yendo de un lugar a otro a una velocidad tal que costaba ver algo más que manchas difusas.

—Su amigo ya nos ha informado de qué es lo que necesitan mientras usted... —casi pudo ver burbujear su cerebro buscando la combinación de palabras que menos ofensiva pudiera resultarle— discutía. Pero, como ya le hemos dicho a él, aquí no trabajamos el aluminio.

La noticia no sentó demasiado bien al Castrense Primer Ministro, que pugnó por regresar a la superficie para explicarles, a golpe de puño, a esas dos personas corrientes lo tremendamente inapropiado que resultaba para sus designios que en la fundición el aluminio no fuera uno de los elementos moldeados.

Más moderadamente, aunque no con mayor transigencia, Gabriel le respondió:

—Pues nos encontramos en una encrucijada. Mi ayudante necesita un sombrero de aluminio para protegerse de los demonios, y aquí seguirán nuestros cuerpos hasta que nos lo proporcionen.

Era una fundición, al fin y al cabo, seguro que podrían arreglárselas para fabricar un sombrero del material requerido con mayor facilidad que dos legos en el asunto como eran Toran y él. En momentos de necesidad, un superhéroe bien podía reclamar y requisar parte del tiempo de las gentes a las que defendía si con ello contribuían a hacer más efectiva su labor.

No se encontraba él tan alejado del recuerdo de cómo funcionaban algunas personas como para no saber identificar la mirada mezcla de compasión y paciencia con la que el delgado hombre, que parecía el supervisor del otro, le miraba.

—Está bien, ¿tengo su palabra de que, una vez tengan ese sombrero, se irán de aquí? No desearía tener que llamar a la policía.

—Acepto aunque usted nos ayude por causa de una extraordinaria confianza en nuestra locura y no en nuestra misión. Pero le hago saber a su alma cautiva que, aunque menor, bien nos hace su comprensión. ¡Así como —alzó la voz, buscando ser oído por encima de los siseos, y sonidos atronadores del lugar—, en mi papel de superhéroe y libertador universal, os urjo a correr la voz de que por este lugar pasaron el Castrense Primer Ministro de la isla de Teología y su acompañante Toran de Los Barreros!

Objetivamente, no fueron muchos los que le escucharon, y menos aún aquellos que prestaron atención y luego contaron, anecdóticamente, la visita de un chiflado y un muchacho discapacitado al trabajo ese día. Mas, al Primer Ministro le pareció que no fue menos de una docena de atentos obreros, de ojos brillantes por la

recién hallada esperanza, los que escucharon sus palabras y, aunque en voz baja por temor a represalias de sus jefes, asintieron y dieron las gracias a algún dios por la justa en el tiempo y necesaria llegada de tan acérrimo enemigo de la realidad.

Poco tiempo después, ya en la calle, el malhumorado operario que antes acompañaba al oficinista, les entregó una gorra multicolor hecha con latas de refresco y cerveza.

—Ya os dijimos que no tenemos aluminio. Pero hemos podido hacer esto con unas latas. Están unidas con alambre, y por dentro le he añadido un paño para que no haga daño a quien se lo ponga —describió, entre gruñidos y flemas precipitándose al suelo, el hombre, que al parecer también tenía su buen corazón incluso bajo un demonio de anchos brazos y cabeza inexistente como el que se ceñía a su cuerpo.

La gorra era una curiosa mezcla de latas verdes y blancas de cerveza y otras rojas de Coca—Cola. Tras evaluarla brevemente, estuvo de acuerdo en que era tan eficaz como cualquier bombín o sombrero de copa de aluminio que pudiera haber esperado. Se la entregó a Toran para que se la probara y este no tardó en dar muestras de su agrado por ella. Lo cierto era que le quedaba bien. Si uno olvidaba el material del que estaba fabricada, incluso podía creer que había sido adquirida en alguna moderna tienda de ciudad.

El operario no pudo evitar mostrar, momentáneamente, un brillo de cariño en los ojos hacia el joven hombre que reía con su gorra nueva. A Gabriel no le extrañó, Toran contagiaba a todo el que se le acercaba de una sensación de paz y tranquilidad tan genuina como especial. A él, en cambio, le miró con dureza. Sabía lo que pensaba, que estaba engañando al pobre Toran. Pero el Primer Ministro no debía, ni se sentía capaz, de mostrar la menor preocupación por las opiniones que despertara en aquellos controlados por la realidad. De-

seaba abrirles los ojos, darles la libertad, no ganarse su aprecio ni su admiración

El feliz muchacho de Los Barreros agarró a Gabriel del brazo y tiró de él hacia aquella carretera de polígono industrial, deseoso de proseguir con la misión. Se fueron sin despedirse, Toran gritando de alegría con su gorra, la que creía mágica, y Gabriel detrás, medio arrastrado medio impulsado por propia voluntad. Si podía existir alguien tan inocente y de noble ánimo como su amigo, la libertad no debía ser una simple quimera.

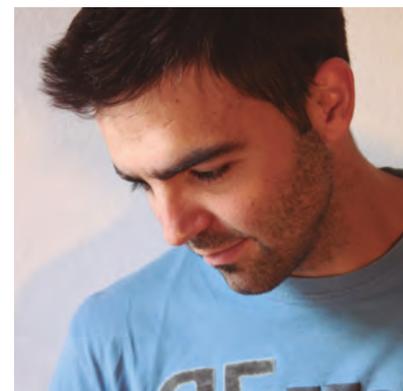
Así se fueron, como dos niños pequeños. Con su fugaces alegrías y sus eternos errores.

## Artes Plásticas

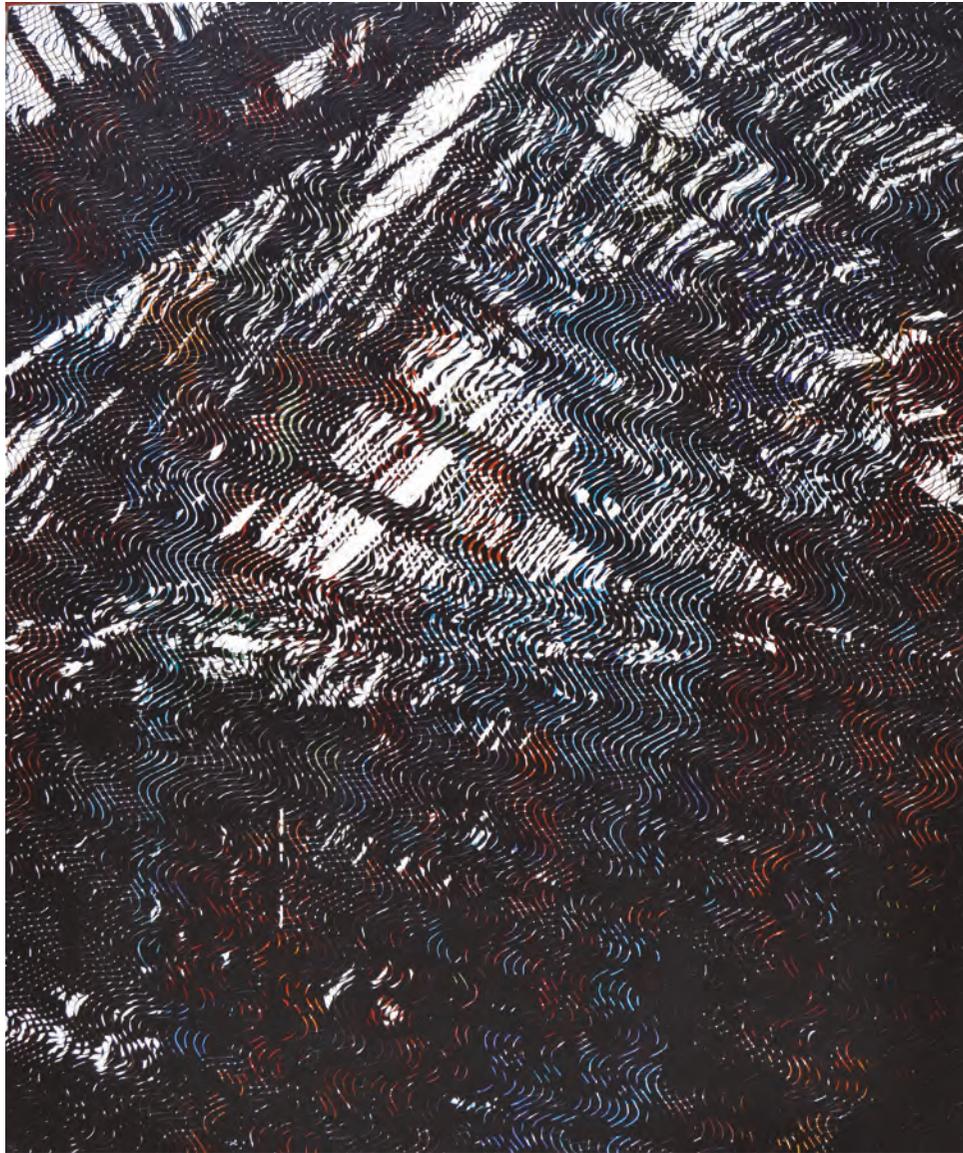
### José María Hevilla Villalobos

Coín (Málaga), 1990

Vive y trabaja en Coín, Málaga. Licenciado en la Facultad de Bellas Artes de Málaga. Desde que finalizó su licenciatura hasta el día de hoy, su producción se ha centrado en la investigación pictórica y el grabado. Su trabajo se ha mostrado en la *Exposición Internacional de Artes Plásticas Obra Abierta*, Plasencia; la del *V Concurso de Pintura Libre La Rural*, Baeza; *Underground 1.0* en Málaga y la exposición *Eutopía 2013*. Entre sus premios destacan el Premio de Adquisición en el *V Certamen Nacional de Pintura Libre La Rural*, el premio *Desencaja* y el *Premio de Grabado Pablo Ruiz Picasso*. En el verano de 2013 disfrutó de una beca en la Fundación Internacional de Estampa Contemporánea (CIEC), y la *Beca III Encuentro de artistas gráficos entre Galería Alfara y la fundación CIEC*, en Salamanca.



*Crea y experimenta. Con una precisión artesanal recorta los fragmentos de la contemporaneidad para proyectar su imagen más auténtica y más deteriorada a la vez. De tal manera, sus tramas pictóricas, el fruto de la continua búsqueda artística, cuentan las historias sutiles que subyacen entre las líneas, como si fueran movidas por el viento. Pero surgen más bien de una inquietud del pasado que distorsiona la estructura de sus cuadros. Por eso su obra supone una lectura vanguardista profundizada por una contemplación personal y atemporal. Pero ¿cómo entender el toque de este viento? Y su respuesta es experimentar y crear. ■*



*Sin título*  
Acrílico sobre madera  
120x100 cm



*Sin título*  
Acrílico sobre madera  
120x180 cm



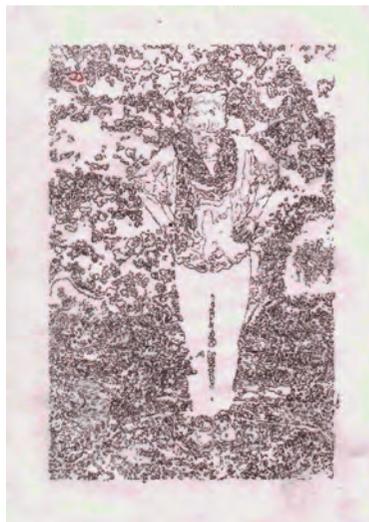
*Sin título*  
Óleo sobre madera  
120x100 cm



*Sin título*  
Óleo sobre madera  
120x100 cm



*Sin título*  
Óleo sobre madera  
100x100 cm



*Sin título*  
Grafito sobre papel vegetal  
Serie de 6 piezas  
25x25 cm

## Literatura

### Grethel Delgado Álvarez

La Habana (Cuba), 1987

Actriz y dramaturga. Egresada del Centro de Formación Literaria Onelio Jorge Cardoso, 2008. Licenciada en Dramaturgia por el Instituto Superior de Arte de Cuba, 2010. Ha publicado el plaquette de poesía *Necesidad de los cultos*, Simancas Ediciones, España, 2009; los textos teatrales *Mi familia ideal*, Unión, 2010, *Mariposas*, Letras Cubanas, 2011 y *1987*, Abril, 2013. Fotos y artículos suyos se han publicado en *Palabra Nueva*, *La porte des poètes*, *Entretelones*. Ha recibido los premios *David 2009*, *Casa de Teatro 2009*, de República Dominicana, *Pinos Nuevos 2011*, *Calendario 2013*, la beca de creación *Dador 2012*, y fue finalista en teatro del *Premio Fray Luis de León 2010*. Sus fotos se han exhibido en exposiciones colectivas en La Habana y en California.



*Su proyecto inicial en la Fundación fue la escritura de un texto dramático inspirado en la biografía de Luis de Góngora; el poeta regresa a su casa de Córdoba para despedirse simbólicamente de las mujeres de su familia. En un espacio íntimo, se recuerda a Luis de Góngora al tiempo que son recreados algunos episodios puntuales de su vida. Además, ha desarrollado otros textos teatrales y una novela. ■*

## Réquiem por Góngora

Teatro (fragmento)

*Leticia, junto a la ventana.*

LETICIA. Qué se podía esperar de él, Ana. Un poeta es pluma que el viento lleva a donde quiere. Pero hablemos del pasado, de las llaguitas que se transparentan en la piel. Eso, un álbum de fotos: mirada al frente, cuerpos erguidos, risa enorme. Y ahora... ahora qué. Hablar. *(Pausa.)* Uno de estos días dejaré el pueblo. Las viejas en sus sillones contarán terribles historias, tendrán insomnios, infartos colectivos; crearán un mito. Quizá escriban una canción muy aburrida o llamen Leticia a un barco pesquero. Las muchachas pintarán en sus diarios un rostro para mí, cada vez una imagen diferente. La que se fue. La amante. Pero a quién le importa una más o una menos. Dentro de unos años nadie hablará de mí. Entonces regresaré.

*Ana se acerca a Leticia, intenta acariciarla, pero es demasiado torpe. Tocan a la puerta. Se ilumina todo, y vemos a Leonor y María con tazas en las manos, detenidas en el acto de beber café.*

MARÍA. Llaman.

*Ambas colocan las tazas en la mesa.*

LEONOR. Hija, ¿pensarás quedarte ahí toda la tarde? *(Consigo misma.)* ¿Quién será? Es domingo, no esperamos a nadie. ¿Habrán dejado otro niño en la puerta? *(A María.)* Por Dios, abre de una vez. Me mata la curiosidad.

*María va hacia la puerta. Se detiene a mirar a su madre.*

LEONOR. No me hagas perder la paciencia.

MARÍA. Es domingo.

LEONOR. María Iluminada...

*María abre la puerta. Aparece Violeta, esta vez con un vestido blanco.*

MARÍA. *(Desde el fondo.)* Es una forastera. Tiene hambre y sed.

LEONOR. No la dejes en la puerta entonces. Qué van a pensar de nosotras.

*Violeta se acerca a Leonor. Hay un inmenso, insoportable silencio que la sigue como la cola de un vestido de novias. Toma asiento, y quedan todas en torno a la mesita. Ana se recuesta a la fuente y abre la carta. Canta para sí, pero sabe que todas la escuchan.*

ANA. «Ahora, que estoy despacio, cantar quiero en mi bandurria lo que en más grave instrumento cantara; mas no me escuchan. Arrímense ya las veras y célebrense las burlas... Ahora que voy despacio cantar quiero en mi bandurria...»

*Susurra los dos últimos versos, mientras abre su relicario y lo observa. Góngora se acerca, ahora con un bastón.*

GÓNGORA. Madre... *(A Violeta.)* Otra vez en el camino. VIOLETA. Ven, déjeme ayudarlo.

GÓNGORA. No me hace falta, tengo un bastón, y aún la mano derecha es firme. De algo me ha servido escribir.

*Violeta sale.*

GÓNGORA. ¿Qué quiere de mí, si hasta los malos pasos que doy le pertenecen? ¿Qué más quiere, hambrienta? No le basta con mirarme a los ojos y decirme que ya es hora. Me deja en este limbo, sin saber, doliéndome ya las palabras, para que no me cueste abandonarlas. Espere, más temprano que tarde iré a su lado como un perro, y me ayudará a bajar los molestos escalones, entre el ardor que provocan en los ojos las cosas quemadas. Así podré llorar en rojo sin que me duela. Estoy listo para un descenso. Pero solo; tengo mi bastón. No quiero que me agarren como si fuera un desvalido. Quizá allí, en el fondo más abrasador, encuentre todas las palabras, las imágenes que se me perdieron entre un pensamiento y otro. Rosa, cal y agua temblorosa, rima, destreza vana, en un círculo que se hace y deshace como el humo. Otra vez sin sentido, miro al frente y lo veo todo dentro de una esfera. Voy de pez en el Betis, de paloma en las cornisas, o de perro esquinero, con hambre y sin dueño. *(Se cubre los oídos.)* Voy, me pierdo, una y otra vez las campanas doblando en mi cabeza, gritando cual erinias. ¿De qué ha servido tanta cordura? Me dejé llevar a los rincones más distantes, y ahora me pregunto si habré dado unos pasos en el mismo lugar. ¿A dónde fueron los versos que eran tan míos? ¿A qué tanto suspiro, y llanto demorado, y risa que nadie ríe? De tan solas mis horas se han amargado; por más que me entienda con los hombres, y hable con las mujeres del pueblo que llevan las cestas repletas de aceitunas, no hay compañía que me guarde. Me marchó, tan solo como he venido. Me voy como ha de ser, la vista al frente, pasando de largo mientras mi madre observa desde el sillón. Un día cualquiera llega la muerte, y yo sin haber vivido antes, yo que estuve sin estar, y ahora... Ahora es demasiado tarde. Qué breve y engañosa es la vida. Acaso todo

apunta al sitio más oscuro, y debo seguir a esa mujer a donde quiera que vaya. Pero antes daré una ojeada a mis huidizas claridades. Amado Betis, me llevan, me arrastran a lo desconocido. Si quiero sentir tu fría espalda, ya es tarde. No puedo decir con qué fuerza me arrancas estas manos. De rozar apenas el superficial espejo, el agua y yo temblamos, y tiembla Córdoba. No eres tan límpido, pero si asoma el sol, cómo brillas y te esfuerzas por reflejarlo todo, hasta el viento. Mi cauce luminoso, Flor de España, inquietud. ¿Dónde están los huesos que buscaba, las margaritas; dónde está lo que esperé mientras no esperaba? Ah, terrible mujer la que me espera. La vi un momento, cuando era niño, entre el desequilibrio en un adarve y el suelo casi mortal. En la caída blanca y el golpe la vi. Era más vieja y alta; acaso yo era demasiado pequeño. Más de una vez me acompañó en mis viajes, y hasta podría asegurar que bebió un té junto a mí, diciendo que estaba de visita en la ciudad. La vi tantas veces y en tan variadas maneras, que se me hizo familiar, quizá la única compañera. Tanto mármol reposado, y uno va sin resistirse al sueño eterno, de la almohada al tálamo. Ya mis huesos duelen de saberse en tanta quietud. Qué tormento mirar al otro lado, sentir el descanso, la insoportable calma que tantas veces, iluso, rogué doliéndome. No alcanzan mil ducados para vivir un mes, ni mil vidas para describir esas torres, los llanos y las sierras andaluzas bajo la dorada luz. ¿A quién encomendar mis últimos desvaríos? ¿Acaso a la Virgen de Villaviciosa? A ti me encomiendo una vez más, ahora sin manto de oro. Es tiempo de marchar. Dejo quietas mis soledades. Tengo los ojos cansados. Sin embargo puedo ver tan claramente el pasado, y lo que se vislumbra delante. Ahora sé lo que era cuando no era, dónde he estado antes de ser. Pero no me encuentro. Lo mejor es callar. Que el silencio hable, si es que tiene las respuestas.

*Sale.*

ANA. No estás lejos. Vendrás con las manos llenas de regalos, y tu madre, tan vieja, no podrá reconocerte. *(Pausa.)* La fuente de la casa se ha secado; para colmo de males los hombres del pueblo están muriendo como libélulas. Uno detrás del otro. Luis adoraba sus canteros, los tenía puestos cerca de la fuente y todas las mañanas rociaba sus flores: margaritas, violetas, magnolias. Rocío sobre rocío, pura redundancia, pero a él le encantaba. Decía que las flores nunca se ponían viejas. Eso de flores ancianas solo ocurría entre las páginas de los libros, y aun así estaban frescas. Durante años tuve una violeta dentro mi libro de oraciones, y cuando lo abría, la violeta estaba como recién cortada. Ayer revisé el libro. Cenizas. Solo cenizas. *(Pausa. Revisa el relicario.)* ¿Alguien ha visto mi caña santa?

LEONOR. Si la perdiste, vendrá otra. Algún mal nos habrá quitado del camino. No la busques. Una vieja del pueblo dijo que echásemos al mar todos nuestros muertos, para darle de comer a la naturaleza. ¿Más hijos al mar? No se cansa de pedir almas. Los envuelve con cantos de sirenas y los pobres van con sus botes y sus sueños. Deja... Mejor no hablo. Si me aseguran que volverá a llover, ahora mismo estoy buscando una sogá y, como pueda, lo arrastro hasta la orilla. Al mar lo que es del mar.

ANA. Hija, el mar está muy lejos.

LEONOR. Pero está.

ANA. Dios, danos el pan muerto de cada día, la soledad de los pozos, una palabra que baste.

LEONOR. Dios no te va a enviar más pan. María, Leticia, más vale que salgan a buscarse hombres. *(La luz disminuye, ambarina.)* Ahora dejemos que pase la tarde... y a tomar café con las amigas, aunque se acabe el mundo.

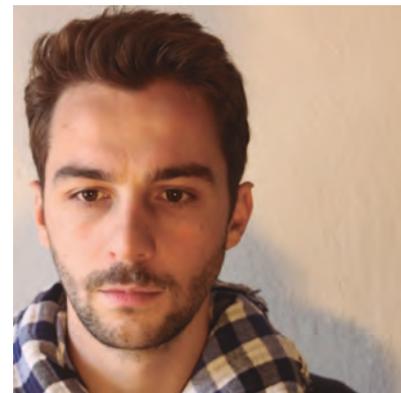
ANA. Luis sabe cuidarse. Él siempre ha sido un buen andaluz. La tierra lo llama, aunque digan que no tiene dinero y viene a confesarse en el Guadalquivir. Ha ido

de aquí para allá con un jolongo y sus papeles. Lo mismo duerme a la vera del río, que despierta en la orilla del océano, con la sal enredada en el pelo. Sabía que iba a regresar a casa. Justo es que no habiendo escogido el lugar para nacer, tengamos al menos la autoridad de elegir el lecho de muerte. *(Pausa.)* No hay quien le mida los pasos. La luz siempre le ha acompañado en sus viajes, que me he encargado yo de ponérsela en el bolsillo sin que lo note. Luis... luz. No es casualidad. Él siempre lleva luz, aunque a veces el que lleva luz se queda solo, bien lo sabemos. *(Suspira.)* Ay, ¿por qué nos fascina tanto el abismo?

## Artes Plásticas

### Rafael Laureano Martínez González

Sevilla, 1989



Licenciado en la Facultad de Bellas Artes de Sevilla, especialidad de Pintura. Alumno interno en el Departamento de Dibujo. Complementa su formación con cursos relacionados en el ámbito artístico como *Morfología de la Naturaleza, reconocimiento y representación*. Su obra es seleccionada en diferentes fundaciones como Tres Culturas del Mediterráneo para la exposición *De tal palo, tal astilla* en el Instituto Nacional de Bellas Artes de Tetuán (Marruecos). Participa en colectivas como *20x20* (Galería Fedarte, Jerez), en el museo de Alcalá de Guadaíra (Sevilla), en la Fundación Fernando Villalón, entre otras. En 2010 recibe el *Premio Joven del Año* en la Modalidad de Cultura (Benacazón, Sevilla).

*En torno a este convento, la imago se vuelve imaginería de un mundo propio. La tradición de la pintura y talla andaluza se conjuga en un orden estético nuevo donde el símbolo destierra al significado religioso en pos de la pintura autosignificante. El peso de la tradición no borra la frescura ni el valor de su apuesta. Los lugares comunes, abiertos a una mancha enérgica, el dibujo inteligente y el análisis trascienden a lo mimético. El omphalós de su mundo, el claustro, está dominado por la paradoja del espacio abierto/cerrado. Su técnica magistral, llevada de la mano a lo largo del proceso, hace que el impasto, la veladura y el dibujo enriquezcan la propuesta plástica. ■*



*Sin título*  
Óleo sobre tabla  
120x120 cm



*Sin título*  
Óleo sobre papel  
22x27 cm



*Sin título*  
Óleo sobre papel  
27x27 cm



*Sin título*  
Óleo sobre papel  
27x22 cm



*Sin título*  
Óleo sobre tabla entelada  
30x30 cm



*Sin título*  
Grafito sobre papel  
50x50 cm



*Sin título*  
Óleo sobre tabla  
Serie de 7 piezas, desde 20x20 a 25x25 cm



*Sin título*  
Óleo sobre tabla  
120x120 cm

## Literatura

### Katarzyna Lebiezinska

Wrocław (Polonia), 1990

Nace en 1990 en Wrocław. Empieza a estudiar castellano con 13 años en la Escuela Bilingüe de su ciudad y a los 17 años recibe la beca de Ministerio de Educación del Reino de España. Luego cursa las carreras de Escritura Creativa y Traducción (polaco-español-inglés) en la Universidad de Wrocław, la Universidad Jagellónica de Kraków y la Universidad Católica San Antonio de Murcia, asistiendo también a los cursos de catalán y francés y desarrollando la labor de intérprete, redactora y profesora de idiomas.



*Todo empieza en una antigua casa de vecinos en Europa del Este. Allí conviven las desgracias y sus propietarios. Mientras entre ellos se cuentan historias sobre la Segunda Guerra Mundial, el comunismo y la actualidad, estallan sus batallas, provocadas por no saber vivir su presente. Y es la nada cotidiana que da origen a las fábulas que sustituyen sus vidas narradas en la novela: La tierra de nada. ■*

## La tierra de nada

Novela (capítulo)

En mi casa bebían a partir del día 10 de cada mes hasta el 9 del mes siguiente. El día 10 se recibía el sueldo y junto con las cartillas de razonamiento se repartían toallas, jabones, cremas y ropa de trabajo. Había que celebrarlo. Yo, para dar algún ejemplo, dormía con la mascarilla de jabón y tres tipos cremas de glicerina (pepino, limón y rosa), vestida de ferroviario y con katiuskas. Me sentía como un niño con zapatos nuevos e igual de felices estaban mis padres. Durante las treinta mañanas siguientes, para apaciguar la resaca de la noche anterior, se tomaba té envasado en paquetes dorados con rayas negras que parecían un diseño de África Central.

Yo era una niña con dos trenzas enclenques. Él conducía trenes y ella hacía de camarera en un hotel desértico. Yo declamaba en bucle un poema sobre un chico bromista que se llamaba Bambo. De esta manera dominaba un exotismo inenarrable. Hasta en los zumos que regalaban en la escuela venían pintados los cocoteros junto a racimos de frutos de un bosque polaco.

Asimismo, en las copas que decoraba mi madre florecían palmeras de zarzamoras, bayas y frambuesas. Pero lo más exótico era que los tres vivíamos en el centro de un barrio conocido como el Triángulo de las Bermudas, un lugar mágico cuyo nombre se omitía en los mapas oficiales de la ciudad.

En 1978, durante el invierno más frío del siglo, gracias al Sindicato de los Trabajadores Ferroviarios de la República Popular de Polonia se nos concedió una habitación, tan pequeña que teníamos que instalar la

mesa, bajo la cual dormía, en el pasillo y comer de pie. Cuando nevaba solía gotear bastante, pero me protegía mi baldaquín firme de madera. Si alguien estaba interesado en dónde vivía, yo alardeaba de residir en una isla del Triángulo de las Bermudas. Cada niño de mi clase soñaba con estar en un lugar semejante, acostumbrados a contar con una sola isla dentro del territorio nacional.

Se puede decir que vivía en una isla de miseria rodeada por oleaje de frustraciones, si te gustan las metáforas baratas. A mí no me gustan. La poesía me provoca ciertas molestias. Antaño a la frustración se la denominaba lluvia.

De aquella forma el sol simbolizaba la molestia, las nubes ocultaban la censura y se vendía vodka bajo el nombre de agua. Eso le dije a tu padre durante la fiesta de cumpleaños de un amigo que teníamos en común, que se llamaba Rudy. Él me relató que también dormía en el suelo de la cocina. Tu padre era rico. Su familia tenía dos habitaciones y tres camas, mientras que nosotros disponíamos de un dormitorio y una sola cama. Tu padre con tu tío dormían sobre cinco almohadas, mientras yo tenía cuatro para mí sola. Es cierto que estimar la riqueza produce problemas.

El dormitorio de sus padres era espacioso y, claro, lo podrían haber compartido, pero no lo hicieron, a pesar de que a tu padre le molestaba la luz de la lámpara de tu tío, que leía por las noches (para al final terminar cantando sobre el témpano de hielo de Narew con la guitarra en la mano). Cuando eran niños disfrutaban de las becas del Estado, uno para que le pegaran con una pelota, otro para estudiar matemáticas en la biblioteca, y tu tía era la más guapa y todo Ciechanów soñaba con casarse con ella. Además, bailaba con la cinta de gimnasia y sabía pintar y que en el comunismo se admiraban tres cosas: las olimpiadas, el arte y los científicos; cada una respondía a una necesidad distinta del mercado de talentos.

Pero la historia empieza allí cuando una noche, los padres, orgullosos de sus éxitos, hicieron una fiesta en su habitación, que era grande y con el balcón. Su balcón era igual que los balcones de los demás, un rectángulo gris de un metro por dos. Allí se sacaban las fotos de la familia: las cuatro comuniones, dos bodas y varios funerales; todos sonreían. Me desagrada la costumbre de sacar fotos con los difuntos, pero mejor que sigamos.

Como no había nada en las tiendas, los abuelos tenían que sacar *algo* de esa *nada* y después compartirlo, y luego borrar de la memoria aquel *algo* sacado de la *nada*. Casi todas las noches el científico hacía los deberes de la niña más guapa, y tu padre, tapándose con su guitarra, soñaba con las zapatillas nuevas y visualizaba las cartillas con sus miniaturas.

Era un sueño raro según lo que me contaba. Le entregaban aquel billete durante el partido de la escuela que fue transmitido para la Unión Soviética y él besaba a Lenin. Era un absurdo, estaba muerto en aquel momento o yacía en la tumba de cristal. Ahora no me acuerdo, pero ¿quién se acuerda de los sueños, y más si no son los suyos? Tal vez lo puedan explicar algunos expertos, pero yo no, yo sólo soy tu madre. El científico estudiaba. Los padres jubilados ocupaban los puestos de contables; en efecto los padres eran magos que sabían hacer *algo* de la *nada*.

Conforme pasaba el tiempo necesitaban más y más de aquella *nada* para olvidar, pero cuantas más personas visitaban nuestra casa menos *algo* de *nada* quedaba y era el principio de otro *algo*. Porque si no hay nada, no va a pasar nada. Pero si hay algo y se queda en nada, aparece la añoranza, y echar de menos es algo que no se quiere vivir, aunque si se piensa bien, es lindo sufrir echando de menos algo que no existía, pero que de existir habría provocado algo auténtico. Pero a ellos les apasionaba el hecho de no sentir.

Finalmente llegó el momento en el que se acabó la añoranza. Entonces los deseos de todas las personas cayeron del cielo a la tierra. Era cuando lloraron la noche entera como si de aquella nada se hubiese hecho algo diferente, porque ya no era vodka, sino tragedia. Se cayó el balcón con todos los huéspedes que habían aparecido para ocupar la habitación más grande porque como se lo imaginaban los niños, era un salón de visitas ejemplar.

Volvemos un día atrás del día de catástrofe. Era el día del padre. Los cuatro hicieron una placa con la inscripción: SALÓN DE VISITAS. BIENVENIDOS TODOS LOS AMIGOS DE LA FAMILIA FIODOROV. Sí, tu padre tenía un apellido ruso, pero al venir a Breslavia se lo cambió. Fiódor Fiodorov sonaba demasiado ruso y como ya había acabado la época de la felicidad había que buscar otro apellido para ser más moderno. Pero sus padres se enfadaron, tal como lo hicieron por culpa de la placa, con la diferencia de que cuando cambió el apellido no le pegaron.

Tras la caída del balcón murieron también cuatro de sus colegas, de los cuales tres eran amantes de tu abuela. Decían que ella era la que más lloraba. Eso se convirtió en el chiste estrella porque junto a los cadáveres en el pavimento encontraron tres botellas de 75 % de vodka Spirytus. Una para cada difunto. Las tragedias son el material más maleable para reírse. En realidad, bien pensado, todas las desgracias son cómicas, pero somos nosotros a quienes nos falta sentido del humor o un chupito de vodka para apreciarlo.

Después tu abuelo sintió la tentación de construir el balcón y se puso a hacer obras, pero cada vez que se asomaba por la ventana tenía ganas de llorar y por eso bajaba a la tienda, que ahora estaba llena. Eso le hacía sufrir todavía más porque no había por qué luchar y todo era demasiado fácil y a él le gustaba sentirse infeliz constantemente. Una vez lo dijo. Lo escuché yo

también porque era cuando conocí a tu padre y fuimos los dos para la fiesta de compromiso que organizamos en aquel salón.

Entonces tu abuelo dijo con mucha conmoción, haciendo un brindis por nuestros hijos y por la boda que organizábamos en agosto: «En dos semanas todo estará acabado». Y era el primer brindis, y durante esos catorce días bebió más de mil brindis.

Todos —tu tía que estaba con el alcalde, el científico que se había ido a San Petersburgo para perfeccionar el ruso, tu padre y hasta su segundo hermano quien se hizo funcionario de milicia en Varsovia— estábamos convencidos de que el abuelo se dedicaba en cuerpo y alma a aquella obra.

Le saludábamos (tu padre y yo) al verle asomándose por la ventana con el vaso en la mano. Éramos demasiado cariñosos. Nos enamoramos demasiado pronto, nos casamos demasiado pronto, en aquel agosto, después de dos meses de noviazgo. Y teníamos la boda y el entierro juntos, lo que también era una de las mejores bromas para la gente de allí. Tu abuelo murió después de dos semanas por sumergirse en su nada. De no ser por el mercado libre no habría bebido tanto. Si no se hubieran experimentado tantos cambios, habría vivido mejor.

La vida siguió su curso. Su hijo llegó a ser mecánico, como se lo había propuesto, y el otro, el listo, después de entrar a la universidad se enamoró demasiado pronto, se casó demasiado pronto y, como tu padre, lo hizo todo demasiado pronto. En dos años nacieron ocho nietos de tu abuelo, y él no vio a ninguno. Y en mi boda estuvo prohibido bailar porque estábamos de luto. Y yo como una loca en un vestido blanco y todos los huéspedes, claro, vestidos de negro. Y ahora tu padre quiere volver a reparar el balcón asesino. Menos mal que pude vender mi vestido de encaje por culpa del cual me picó la piel toda la noche.

Eso era lo que dijo mi madre llamándome por teléfono cuando yo estaba a punto de marcar el número de mi novia Nadia para felicitarla. Ayer ganó un concurso. Ahora en su país hay una revolución y ella había compuesto un poema sobre la libertad y triunfó. Su texto, no la libertad. Anteayer bebimos cinco botellas de vino. Después de dos vinos Sofias, su polaco se hace más claro.

Ayer Nadia por primera vez habló toda la noche sólo en polaco (*po polsku*) conmigo (*ze mn*). Decía que estaba contenta como nunca antes (*szcz liwa jak nigdy dot d*) y que su familia (*rodzina*) moriría de felicidad.

Repetía muchas veces *rodzina* y *umrze z rado ci*. En su discurso aparecían también palabras tipo libros, siempre, casa, y entre ellas lloriqueaba y ardía de ganas de escribir una novela en polaco (*po polsku*), pero sobre todo repetía que quería hacerlo conmigo (*ze mn*). Yo sabía que ella estaba borracha de alegría, por eso había que celebrarlo con un brindis adecuado, como el abuelo. Y a lo mejor con un *te quiero*, aunque aún no se escuchó en ninguno de los idiomas.

Acostumbrada escuchar *te quiero* tantas veces, un me gusta sonaba a poco, aunque es un absurdo inconmensurable medir las emociones con las palabras. No obstante, duele oír un infinitivo después de *te quiero* como que un *te quiero besar* no implica un deseo de amor infinito, ni de besos tan deseados. Pero es una vergüenza que hable de la gramática de las emociones si me suspendieron el cirílico. Además de que mi novia es ucraniana.

## Composición

### Rubén Jordán Flores

Alicante, 1987

Es Título Profesional en la especialidad de saxofón por el Conservatorio Profesional de Música Guitarrista José Tomás de Alicante y Licenciado en Composición por el Conservatorio Superior de Música Óscar Esplá de Alicante. También ha realizado estudios de dirección sinfónico-coral de la mano de Francisco Amaya Martínez. Cuenta en su catálogo con obras para todo tipo de formaciones y con una gran riqueza de estilos. Su amplio registro va desde la música electroacústica, pasando por música religiosa y cinematográfica a música del más puro estilo pop. Ejemplo de ello es *Ressons d'Algemesí* (para banda sinfónica), *Imborrable* (cortometraje), diversos spots publicitarios o la obra interdisciplinar *Golconda*, perteneciente a *Las aventuras de la mirada*.



*Jordán Flores no solo concibe la música como un medio de expresión vital, sino que entiende y mira el mundo a través de ella. En tanto los escritores urden historias y los pintores dan color al viento, dimensionan planos, este músico nos sorprende con su lenguaje inmaterial, esa ingrata melodía que al marcharse nos deja hambrientos. Si hay música, hasta el silencio calla para dejarla entrar. Por ello, nada más acertado que engarzar la poesía de Antonio Gala, silencio enamorado, a esta música azul que unas veces prelude y otras es cola de un vaporoso traje. La música de Jordán Flores nos ha brindado alimento y remanso necesarios durante estos meses. ■*

-Sonata de la Zubia-

Julian Pizarro  
Antonio Gala

The image shows a handwritten musical score for a piece titled "Sonata de la Zubia". The score is written on five systems of two staves each, with a treble clef on the upper staff and a bass clef on the lower staff. The music is characterized by dense, rhythmic patterns, primarily consisting of sixteenth and thirty-second notes. Numerous fingerings (numbers 1-5) and accents are written above and below the notes. The title "-Sonata de la Zubia-" is written at the top center, and the names "Julian Pizarro" and "Antonio Gala" are written in the top right corner. The handwriting is in brown ink on aged paper.

**Sonata de la Zubia** (fragmento manuscrito)  
Inspirada en "Sonetos de la Zubia".

*Poemas de amor.*  
Antonio Gala, 1997.

Para Antonio Gala, con todo mi afecto  
**Sinfonía de los jazmines**

Sierra de Córdoba · Medina Azahara · Mezquita de Córdoba

3

SIERRA DE CÓRDOBA

Música: Jordán Flores  
Poemas: Antonio Gala

**A**  $\text{♩} = 50$

Violino I A  
Violino I B  
Violino I C  
Violino I D  
Violino I E  
Violino I F  
Violino II A  
Violino II B  
Violino II C  
Violino II D  
Violino II E  
Violino II F  
Viola I  
Viola II  
Viola III  
Violoncello I  
Violoncello II  
Violoncello III  
Contrabasso I-II

**Sinfonía de los jazmines** (fragmento)  
Inspirada en “Sierra de Córdoba”,  
“Medina Azahara” y  
“Mezquita de Córdoba”.  
*Testamento Andaluz.*  
Antonio Gala, 1998.

© Rubén Jordán Flores. Córdoba 2014. ~~✗~~

*A Javier Sande, con cariño y admiración*  
**Nadie mojaba el aire**

Música: Jordán Flores  
Poema: Antonio Gala

*♩ = 60*

The musical score is arranged for a string ensemble. It includes parts for Violino I (A, B, C, D, E, F), Violino II (A, B, C, D, E, F), Viola (I, II, III), Violoncello (I, II, III), and Contrabasso (I-II). The score begins with a tempo marking of quarter note = 60. The first two staves (Violino I A and B) feature a melodic line with a mezzo-piano (*mp*) dynamic. The Violino II parts (A and B) also have melodic lines with *mp* dynamics, while the other Violino II parts (C, D, E, F) are mostly silent. The Viola parts (I and II) have harmonic accompaniment, with Viola I and II marked *p* (piano) and Viola III being silent. The Violoncello parts (I and II) have a low, sustained accompaniment, with Cello I and II marked *p* and Cello III being silent. The Contrabasso part is silent throughout the fragment.

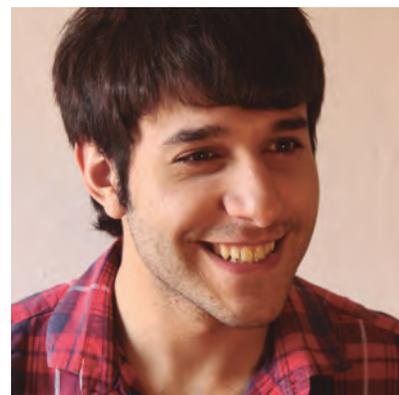
© Rubén Jordán Flores. Córdoba 2014. ✕

**Nadie mojaba el aire** (fragmento)  
Inspirada en "Vuelo a Nueva York, 9".  
*El poema de Tobías desangelado.*  
Antonio Gala, 2005.

## Literatura

### Martín Izquierdo Verde

Soria, 1994



Es estudiante de Restauración de Patrimonio Cultural en la Universidad Complutense de Madrid.

Becado por la *Ruta Quetzal BBVA 2010*, recibe clases magistrales de dibujo documental por Erick Miraval. Forma parte del equipo ganador de la *VI Olimpiada del Conocimiento de Castilla y León*. Premiado en el *Certamen de Creación Joven del Ayto. de Soria* en diferentes ocasiones.

Galardonado con la publicación en el volumen *Microrelatos* (Soria Edita, 2011). Ha publicado el poemario *Perdiendo los papeles* (Millán y Las Heras Ediciones, 2012). La Fundación Antonio Gala le ha permitido adentrarse en el género narrativo y continuar con su quehacer poético.

*Dejar huella, un sello; lo mismo. El paso del tiempo, la necesidad de plasmarlo, el vestigio. Asumir el pasado como un presente continuo. Bajar de la vitrina los ídolos, romperlos. Reírse. Ver la ficción en lo cotidiano, la falsificación en la Historia, el fraude como una predisposición natural del ser humano. Alumbrar los primeros tientos narrativos, unos relatos, Contornos imprecisos, en los que cabe la reflexión deformada, la sinceridad. También poemarios en los que cerrar una línea y abrir nuevas vías. El éxodo adolescente en Endémico Edén y la desacralización del yo y sus circunstancias en Auto-retrato ecuestre sin caballo. Entre traición y tradición la ficción es un pasaporte. ■*

## Autorretrato ecuestre sin caballo

Poemario

### Estúpido poema cultural

“A los poetas pedantes que  
los aguante su puta  
madre en bicicleta.” Píndaro

He vuelto a subirme al clavicordio, sí señores.  
No me arrepiento en absoluto, y si se quiebra  
lo pagaré gustoso, lo pagaré, no teman.

Y ahora tiren sus epopeyas y escuchen  
como, a través de la calle, el mundo se presenta:  
sus héroes griegos se masturban tristes  
y hacen del porno su duda  
-no saben si pene o si vagina-.  
Helena de Troya es una choni de escotes indecentes  
y Aquiles de día trabaja en la oficina  
(por la noche su pelo le llega hasta las medias;  
Gasta lo mismo en agua que en carmín...).

¿No lo ven, estetas, estáticos, estéticos, estoicos?  
Dejen a Platón en paz, murió por viejo verde,  
y ustedes están aquí esperando a sus *kuroi*  
(sus chulos]  
y a sus putas (rameras, fulanas, esposas, perros, lo  
que sean)]  
haciendo de su canto un orgasmo reprimido  
bajo la sotana, el mármol, diccionarios.

Por mí pueden meterse por el ano  
su Florencia renacida, sus viajes, sus versículos  
(“ Ô Ronsard, ô Verlaine, ô mon dieu!”)  
A nadie le interesan sus visitas  
a mil iglesias romanas y aún menos, al Parnaso.  
-De sobra sabemos que Catulo murió envenenado  
por un coctel de gambas caducadas-.

Afuera está el mundo, les invito a visitarlo:  
huele mal, no hay óperas de Wagner en el metro  
y esa cola desde luego que no es para un museo.

Vosotros cagáis ónice, incienso, rosas  
y no hay vello que enturbie vuestro cuerpo.  
Pedís la hora en latín, la fruta en griego  
y recitáis Kavafis a los carteristas  
pidiéndoles un beso en la boca, o aunque sea,  
que alaben vuestras obras inmortales.

Queréis la felación en el sillón de fuego,  
en la cátedra, el recital, el epitafio,  
porque sois la rancia progresía tocada por el genio  
que acaricia como perros a los jóvenes poetas  
y sodomiza a sus epítomes, parodias vanas.

Placaré el clavicordio, haré estallar la sala,  
caerán las arañas, los frescos, las pelucas,  
vuestros premios serán *premios entre amigos*, vuestras  
obras]  
sujetarán las patas de las mesas, y con suerte el  
reciclado]  
las hará papel higiénico y por fin será nuestro ano el  
que sienta]  
la suave levedad de los sentidos,  
la elocuencia de Byron, lacrimosa,  
a Shakespeare, y en sánscrito  
llorar a Babilonia. Y habréis vencido.

Parábola del joven poeta de provincias, en la que no se enseña ninguna lección moral, no me jodan con la ética.

Los jóvenes poetas huelen a lactancia malparida cuando asoman la cabeza a lo largo, a lo ancho, en diferido] sobre la ciudad provinciana en la que les dieron el azote (suena antiguo, tal vez pero evoca la primera ostia inesperada).

Los jóvenes poetas espacian la prosa, cortan, pegan, arbitran un final heroico para el género naciente en las horas de masturbación y bostezos de instituto. Los versos vagan célibes creyendo original lo tantas veces penetrado.]

La adolescencia enseña sobre todo el ego protector, el adormecimiento con la hormona, la pequeñez del bolígrafo,] la belleza de la desgracia que se escribe, la indolencia, *la terribilitá senza fine quando in taberna sumus. La joie, l'esprit qui berce les mots evanúies.* ¿Se secarán sus raíces de ingenio prenatal tronchando el cerebelo, el hipotálamo?

Es la edad del plagio saludable. Las sequías vienen más tarde y atrasan los partos ingeniados.

Por suerte para ellos todavía son jóvenes poetas que ganan concursos de provincias asiéndose con rigor mortis a quinientos euros al año y tengan buenas noches.

Pronto se marcharán los jóvenes poetas de la ciudad que recorrieron afectados de alergia a la belleza y musas caducadas y se verán en el espejo (se miran mucho los jóvenes poetas] con gestos tenebristas marcando abdominales negativos), se verán en el espejo, digo, como quien ve a un viejo extraordinario.]

Y del genio del ingenio quedarán los poemas anteriores,] *la desinspiración*, las legañas, tal vez las contracturas camino de una facultad desangelada. La decepción, sin auxilio, les hará residentes de una edad perpetua:] *¡hay que tener valor para cumplir los veinte después de haber tenido quince tantos siglos!*

Sé de lo que hablo: hasta la muerte la vida antóloga al lírico senil como un joven poeta de geriátrico.

Escena costumbrista para pintor contemporáneo (En la que el poeta, definitivamente bajado del caballo imaginario del primer poema muestra con su habitual optimismo el inmovilismo de su vida y del mundo, etc)

¿No bailas? No, no bailo.  
Para moverse hay que querer el ritmo  
y me gusta ser el centro que aploma este antro a la noche,]  
rígido. ¿Una cerveza? Sí, el dinero y cierro el pacto.

Avisto el baño de las caras largas, de la luz hospitalaria.]  
En la puerta unos modernos hablando de cosas de modernos:]  
¿hacen unas rayas? No gracias, no practico la inercia harinosa del espejo.]  
Soy más un purista de la vida (100% natural, encima tristes)]  
y esto tal vez consuele a mi nariz judaica.  
Gracias de todos modos, no me miréis con ojos lúbricos]  
que llevo mi semblante habitual de niño de provincias.]

En el baño podría estar Antonio López, midiendo con temor los azulejos, hiperrealizando correcciones,]  
-todos vemos en lo feo una respetable plasmación del antro hispánico-]  
pero no, hay una pareja de hombres mesándose los rizos]  
que jadean, que ajdean, que nadejan. Espero su eyaculación precoz,]

me meo, francamente, y esta noche es pura indecencia si miro desde el claustro umbilical.]

¿Significa algo la tristeza o es sólo la falta de nutrientes,]  
de vitaminas, de cálices? ¿No se geriatrizan los cubatas]  
al pensarlo? Obviamente la vejez es contagiosa -ayer mismo, antes de ayer, hace dos años, me comía la vida sin quitarle la piel y no me amargaba el cítrico fetal-.

Y ahora esbozo una sonrisa flagelante como aquel cristo indie que pincha música con las cejas enfrentadas:]  
hoy electropop, postpunk edulcorado, rockabilly, rock, jazz en desbandada cósmica hacia la salida de emergencia,]  
reggaetón castrado por el cuchillo léxico de varias feministas que no mueven sus caderas.]

¿No bailas? No, no bailo, sencillamente me gusta estar triste.]  
Te cambio mi alegría por tu abrazo.  
Para moverse hay que querer el ritmo.  
Seamos estáticos, el eje de la noche.

## Artes Plásticas

### Sebastián Velasco Navarro

Burgos, 1988

Tras Licenciarse en Bellas Artes por la Universidad del País Vasco en 2011, en la especialidad de Pintura, realiza estudios superiores de Ilustración en la escuela Massana de Barcelona.

Su pintura ha sido expuesta de manera individual y colectiva. Ha obtenido diferentes reconocimientos, como la beca de la *Real Academia de San Quirce* en el Palacio del Quintanar de Segovia o el premio *Climent Muncunill para Jóvenes Artistas*. Desde 2004 ha mantenido una constante actividad en la calle, alternado su obra de estudio con murales realizados en diversas ciudades europeas.



*Sebastián Velasco invita a la invasión sosegada de quien cruza la periferia con las pantuflas aún puestas. En ciertas ocasiones su pintura pasa por el lienzo camino del graffiti. Otras, se ensimisma en la obra clandestina sobre el muro. Qué fetichismo portátil guardan sus mochilas de marca. Qué licantropía le lleva al escondite de ramajes y luces de farola. Sus cuadros hipnotizan como solo sabe hacerlo una tregua cotidiana. Contagian su equilibrio entre vértigo y pereza. ■*



*Smak, Midas, Ponk*  
Óleo sobre lienzo  
130x162 cm



*Jank*  
Óleo sobre lienzo  
27x35 cm



*Rage*  
Óleo sobre lienzo  
27x35 cm



*Nadie, Derök, Heits*  
Óleo sobre papel  
68x122 cm



*Marengo I*  
Óleo sobre tabla  
20x20 cm

*Sega*  
Óleo sobre tabla  
20x20 cm

*Brouk*  
Óleo sobre lienzo  
46x55 cm

*The southern face*  
Óleo sobre tabla  
20x20 cm

*La ventilla*  
Óleo sobre tabla  
20x20 cm

*Marengo II*  
Óleo sobre lienzo  
46x55 cm



*Zeman II*  
Óleo sobre lienzo  
130x162 cm

## Literatura

### Natalia Castro Picón

Castellón, 1989

Licenciada en Filología Hispánica por la Universidad Complutense de Madrid. Cursó también el Máster de Edición Santillana-UCM. Ha trabajado un año como becaria en la editorial Lengua de Trapo. Durante sus estudios, fundó con otros compañeros la asociación de estudiantes de filología *Puño y Letra*, que organiza conferencias, recitales, talleres y, en 2013, la primera asignatura coordinada exclusivamente por alumnos, *Cultura en contextos de crisis*. Desde 2010 ha participado en diversos recitales, antologías y publicaciones. En 2013 publicó su primer poemario, *La intermitencia de los faros* (Canalla ediciones, 2013).



*El proyecto en que ha estado trabajando estos meses trata el tema de la memoria como herramienta para la ficción, en un contexto de crisis que excede lo puramente económico. Escribe una novela ambientada en Menorca, y con esta isla como personaje principal, donde la endogamia y el estatismo producen una sensación de ahogo en los personajes, imposibilitados para progresar y escapar de las cadenas del tiempo y el espacio detenidos. Ante esta realidad, los protagonistas tratan de evadirse por medio de la reconstrucción de sus vidas a partir de una sola premisa: desatender los sucesos verídicos y construir, para luego habitar, su propia mentira. ■*

## Las fronteras naturales

Novela (fragmentos)

I

Volví a mirar el sobre, al dorso rezaba una dirección extranjera, tan desconocida como de otro mundo. Mientras las cuartillas descansaban en la mesa, indiferentes a su contenido, vibrando por un leve soplar de mar que entraba por la ventana, o quizás tratando de decir aun más de lo que contaban las palabras, escritas con una caligrafía temblorosa y descuidada. A lo peor este viento que llegaba de la costa era la isla que se pronunciaba desde las profundidades del tiempo, volviendo a inmiscuirse en nuestros asuntos, obcecada en no dejar de ser la protagonista de esta historia que nunca nos ha pertenecido tanto como a ella.

II

¿Recuerdas —digo esto como si me estuvieras escuchando, como si el anillo no estuviera extraviado esperando o ya en el dedo de una nueva víctima,— recuerdas cuando estuvimos en el muelle de Sol del Este y quisimos pero no pudimos hacer el amor? Esas son las señales, las salidas de emergencia, pero nosotros no quisimos verlas, gigantescos idiotas. Luego marchaste de la isla y yo me quedé varada en el tiempo, y todavía a veces siento que sigo allí, sentada en ese muelle de madera mirando un mar que era difícil adivinar en la oscuridad, esperando a que vuelvas y

terminemos de hacer lo que empezamos. Eso me convierte en una idiota todavía más grande, los infiernos no se comparten, sería una contradicción a la naturaleza propia del infierno, se comprende fácilmente en el plano teórico. Pero las teorías... Yo tenía la teoría de que el anillo en el índice nos marcaría el camino hacia el futuro, juntos. Y mírame. Los infiernos no se comparten y yo quise compartir el tuyo, pensé que eso nos terminaría de unir. Gran tonta.

También yo marché a la larga, pero era diferente, yo no renuncié a la isla, la llevo siempre conmigo como un ancla, como la piedra que se atan al tobillo los ahogados. Tuve que irme porque allí ya no había espacio para mí, había agotado mis recursos, fue algo más parecido a un destierro. Tuve que alejarme para que no se extendiera nuestra enfermedad, tu herencia que hoy es mía. Para que la isla pudiese dormir de nuevo su silencio. Por eso me quedé en Barcelona, para poder mirar el horizonte desde cualquier embarcadero e imaginar ese pedazo de tierra maldita que flotaba del otro lado, para poder chuparme la misma sal en la piel. Mientras tú y todos renacían, despertando con alegría, liberados del sueño menorquín, yo he quedado tirándome de los pelos, esperando volver allí, a esa isla que fue pero que ya no es más que un terrón deshaciéndose en el agua. Dicen que está desierta, dicen los fantasmas que el último farero está por morir de viejo y que pronto se apagará la última luciérnaga que se mantenía activa. Quizás dentro de unos siglos alguien dé con ella por pura casualidad, como seguro alguien encontrará el anillo, y se preocupe por repoblarla de invenciones, personajes imaginarios para habitar un espacio imaginado. Pero ahora hasta ella duerme entre los barrotes de sus propias fronteras naturales.

Quién acunará a los cangrejos, quién leerá la inscripción en la piedra de pizarra donde dejamos dichas todas nuestras mentiras. Nadie, Ferran, nadie lo hará.

Siento que no queda nada, que tú ya no existes, que ahora por fin eres lo que llevas siglos empeñándote en parecer: un falso recuerdo, un espejismo. Sea.

Pasaron por la quilla y no salieron a flote todos los espíritus que poblaron la isla. Treinta *caixers* a caballo, el fotógrafo que sabía radiografiar el terror, Pasha y Carmen saltaron al agua tomados de la mano, los muertos de la guerra, entre ellos mi abuelo. Lorenzo Artegui que en el último momento llevaba puesta una sonrisa asceta. Giacomo, el joven; el adulto ya no pasaba por allí. Felipe el político se salvó oculto tras las pantallas de la televisión; aquel día en el Congreso no mencionó el naufragio. Caronte, el barquero de Illa Collom, que reía desdentado ante la muerte. Horacio; Horacio se convirtió en una estrella de mar colorada porque no valía ni para ahogarse. Y, por supuesto, Aurora; Aurora y el abuelo, que saltaron abrazados, ahora estarán fumando en un balcón de las profundidades, contándoles sus cuentos a los protagonistas. A la mesa vendrán el tío Bribón, el general Serrano..., todos.

Nadie sino yo contará su historia, porque solo yo albergo toda esa memoria muerta, toda esa invención larga y enrevesada que no se ordena porque de ordenarse perdería la fuerza que le brinda el caos, la potencia con la que vuelven sus imágenes a mi cerebro exiliado. La leyenda que forjamos en habitaciones blancas y jardines sin alma. Son todos nuestros, monigotes de una pantomima con la que se juega, marionetas de hilos invisibles. Como siempre, sus movimientos varían con cada recuerdo, los desenlaces fluctúan.

Me acuerdo cuando mamá me metió en el agua por primera vez, cómo grité de asco y pavor ante el primer cangrejo. «¡Araña! ¡Araña!», entre alaridos. Me sacaron del mar envuelta en una toalla. Temblaba. Desde entonces no he dejado de transformar unas cosas en otras, Ferran. El anillo, a ti, el pasado; quién sabe cuánto de verdad habrá en esto que estoy diciendo. En esto que sigue.

Una silueta contrahecha se recortaba frente al sol por la carretera que baja de Sant Lluís a Punta Prima, también entonces era la mañana del patrón. Los coches que venían del norte solo podrían distinguir la sombra a contraluz de una figura renqueante que andaba escorada y encogida de dolor. Los que subían del pueblo costero, a favor del sol, reconocerían la ropa manchada de sangre y barro, el gesto fruncido por un inmenso daño, los churretones de sudor en la frente. Un hombre maltrecho que se rodeaba el estómago con los brazos, como si allí guardara un agujero muy negro, haciendo un esfuerzo infinito por no llorar.

Venía de la feria, no se había dejado curar. Un caballo le había caído encima en mitad del jaleo. Él ni siquiera estaba metido, bebía una pomada en una barra clandestina al borde de la acera cuando la gente se apartó. El caballo había perdido el equilibrio, dio unos pasos para atrás y el peso del jinete terminó por desestabilizarlo. Se fueron los dos de espaldas. En medio del farrago, caballo, *cavaller* y Horacio, a quien se le enganchó la pierna entre el bordillo y los cuartos traseros del animal. Aquello había sido a media noche y desde entonces andaba afiebrado por la borrachera y la pierna rota. Se levantó del suelo en un delirio de pánico y huyó despavorido de los sanitarios, que debieron pensarlo borracho y sin daño. Todavía tenía la quebradura caliente y no renqueaba. Perdido en la noche, escapó de la muchedumbre a las afueras y de pura fiebre se quedó dormido en un portal. Cuando despertó, ya le quemaba el sol, y la pierna dolía como si le gritara. Solo se le ocurrió ponerse a caminar hacia la playa, donde estaba el hotel en el que trabajaba su hermana. Levantó el pulgar por si algún coche lo aventaba, pero eran tales sus pintas desquiciadas que nadie tuvo valor.

Tras cuarenta minutos eternos llegó a los jardines del Insolet Punta Prima, y siguió cojeando entre los aso-

leados inquilinos que se levantaban las viseras para mirarlo, inquietos, bufando desagradados y apartándose a su paso. Uno de los botones lo reconoció y se acercó vacilando a auxiliarlo. Ya en el recibidor lo tuvieron de pié esperando a que mandaran buscar a la hermana, que llegó, mezclado el susto y la furia, y lo abrazó y golpeó y volvió a abrazar. Se lo llevaron en ambulancia al hospital y anduvo cuarenta días con la pata enyesada, muy tiesa, encerrado en su cuarto lleno de vergüenza. Algunos amigos lo visitaban y entonces él practicaba distintas formas de fabular la aventura. Años después, sentados en otro bordillo en que también terminó por amanecer, me contó esta y otras muchas cosas, risueño, tendencioso, regocijándose en los detalles.

#### IV

Yo que siempre me quedo flotando del lado de los venidos. El agua levantando fronteras en su interior, campos de fuerza que atraen y rechazan según a quién. Aquí los llamados al éxito, aquí la ponzoña y los fracasados. No son raros entonces esos cúmulos de basura flotando a la deriva, orbitando el detritus sobre sí mismo, esas islas enormes que aparecen en las fotografías satelitales, manchas oscuras como continentes. Es digno de verse lo patética que puedo llegar a ponerme. Tremendo dramatismo por un no, otro no en mi colección de noes, y es para reírse el escándalo mental que me ha supuesto.

Miro el faro de la Isla del Aire desde Punta Prima y rumio mi lástima hasta hacerme gracia. Un niño llora porque le ha picado una medusa; algunos miedosos salen del agua disimulando la deshonra. También las medusas flotan prácticamente a la deriva, como venenosas bolsas de plástico, esa vida casi accidental y con tan mala fama. Los últimos turistas tuercen el gesto frustrados, culpando en silencio a esos pequeños seres gelatinosos de estropear el baño postrimero. Pero son

el viento y las mareas, siempre. Cuánta empatía contiene esta compasión que siento por mí misma, y qué poca pena por ese niño llorón que seguro aplastó de una mala brazada a la pobre medusa, plantada en el exacto sitio que le imponía la circunstancia.

Ya ni siquiera pienso en Ferran, mi estado es más cercano a una auto consolación perpetua, me lamento y, a su vez, me doy palmaditas en la espalda. Soy algo así como el ser más incomprendido sobre la tierra; puedo verme bailando los tentaculillos eléctricos y la mirada de horror que me dedica toda la playa mientras intento luchar contra las sutiles fuerzas de la naturaleza. Oh, mi yo, mi vida. Nadie es culpable, mucho menos Ferran, mucho menos yo, mucho menos la isla y su estar suspendida pertinazmente en mitad del tiempo y del mapa en blanco. No hay juicios posibles, no hay jurados ni acusación ni defensa. La realidad se impone y quién la señalará con el dedo. El faro se alza en su rectilíneo dogmatismo impositivo y, de pronto, todo parece incontestable y así todo se vuelve palmario, y a la vez asumible. Si no vamos a luchar, de qué quejarse. Si no hay una decisión que tomar, solo nos queda la suave ironía de los muñecos de feria antes de ser derribados por la bola de plástico, mientras suena una música repetitiva. Noto cómo me sube la risa desde debajo del estómago, donde lo profundo. Contengo una carcajada y recojo la toalla rumbo al coche, dando zancadas de pato en la arena, con el humor renovado y seguramente enferma. Qué importa, tampoco eso es cosa mía.







